Leg 23 cuaderno 1 — 9 de 14
1751 - leg. 23

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

EN EL

CURSO ACADÉMICO DE 1866 Á 67,

POR EL DOCTOR

D. RAFAEL CONDE LUQUE,

Catedrático Supernumerario de la misma escuela, trasladado á la de Madrid.

SALAMANCA.

IMPRENTA DE LA CASA-HOSPICIO.

1866.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

EN EL

CURSO ACADÉMICO DE 1866 Á 67,

POR EL DOCTOR

D. Rafael Conde Luque,

Catedrático Supernumerario de la misma escuela, trasladado á la de Madrid.

SALAMANCA:

IMPRENTA DE LA CASA HOSPICIO.

1866.

HTCA
U/Bc LEG 23-1 n°1751
1>0 0 0 0 6 3 2 3 5 2

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

EN EL

CURSO ACADÉMICO DE 1854 Á 55,

POR EL DOCTOR

D. Manuel Cubas Lupre,

CATEDRÁTICO DE PRIMERA ENSEÑANZA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.

SALAMANCA:

IMPRENTA DE LA GRAN PERSEVERANCIA.

1855.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

Ilmo. Señor:

Si fué siempre empresa árdua y temerosa el llevar la palabra en la apertura de un curso literario la más grande de las solemnidades académicas; todavía lo seria más, siendo yó el encargado de ésta mision honrosa, y elevando mi voz en el seno de la Universidad de Salamanca. Pocas veces la historia aparece tan grande y conmovedora como evocada desde aquí, desde esta cátedra gloriosa, dónde abruma y fatiga al espíritu la augusta magestad de los recuerdos. No sé qué extraña alucinacion ofusca el ánimo del orador en las presentes circunstancias: la inmensa amplitud de lo pasado, parece como que amengua y absorbe el sentimiento de lo presente; y resucitando en la imaginacion todo un mundo, casi olvidado en nuestros dias, se nos figura discurrir entre la turba de escolares que llenaban estos cláustros, honrados con el sello de los siglos, y conversar con aquellos insignes maestros y sábios renombrados, cuyas frentes ciñó el laurel de la ciencia, corona la mas gloriosa de cuantas ha inventado el orgullo de los hombres. Acaso viene á aumentar la viveza de tan gratos recuerdos, el disgusto y desabrimiento que hoy produce la vida, los temores de un porvenir amenazador, y quizá tambien el peso de la responsabilidad que de nuestros actos parecen exigirnos

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

las sombras severas de nuestros padres. Tan grande, tan elocuente se muestra, considerada desde este sitio, la historia de esta Universidad, íntimamente enlazada con la de la más grande de las naciones. Yo de mí sé decir, que, ni mi imaginacion tiene colores ni pensamientos mi mente, ni acentos nobles mi voz para hablar en el mismo recinto dónde dió al viento la suya, y dónde vaga la sombra de Fray Luis de Leon, ese génio poderoso y amable, en que brillan los varios y magníficos caracteres de la civilizacion española. Pero os veo aquí, ilustres representantes de una generacion de sábios, en torno de esta cátedra de tan puras tradiciones; veo en vuestros semblantes el amor al saber y el patriotismo, y mi corazon se fortalece, y doy por un momento al olvido esta sentida queja, que mas de una vez acudió á mi mente al aspecto de nuestros cláustros solitarios. *¿Quomodo sede sola civitas plena populo? facta est quasi vidua Domina gentium* (1).

Otra consideracion no ménos grave, viene á turbar grandemente mi espíritu. Habiéndole tocado el turno, que señala el Reglamento para disertar en esta solemnidad á la Facultad de Teología, de la que soy en esta Escuela el último de los profesores; véome, no sin grande inquietud, en la dura cuanto honrosa necesidad de representar en esta ocasion los derechos é intereses de la más noble y antigua de las ciencias, y de ser como eco de tantas, tan autorizadas y eminentes voces como, durante siglos, han disertado de la ciencia de Dios y de los hombres en este recinto augusto. Por lo que á mí hace, corre parejas en esta sazon lo árduo con lo honroso de la mision que me ha sido confiada. Yó, por tanto, me recomiendo á vuestra benevolencia, alegando en descargo de mi escaso saber, un amor profundo á la ciencia de Dios, y un entusiasmo ardiente por las gloriosas tradiciones teológicas de España, vinculadas casi esclusivamente en esta Universidad, por tantos títulos insigne y celebérrima.

Díme á pensar, desde luego, en qué podria yó ofrecer á vuestra consideracion, á vosotros agradable y útil, á la noble juventud que acude hoy á vuestras aulas en demanda de ciencia y de cívicas virtudes. Ofrecíase á mi vista el vasto campo de la Teología, donde bro-

(1) Jerem. Tr.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

ta copiosamente el rio de la verdad, que fecunda las demas ciencias, como los rios del Paraiso llevaban á toda la tierra sus raudales cristalinos: veia esta ciencia divina tal cual es y será siempre, llena de vida, que brinda generosamente al espíritu del hombre, en tanto que éste, ingrato y orgulloso, pretende relegarla á la condicion de sierva; ella, la reina del entendimiento y el aliento del corazon (1). Viendo abatida la enseña de Jesucristo, todo hombre, á título de inteligente y de cristiano, tiene la obligacion imprescindible de defenderla; pero mucho mas el que ha jurado sustentar la santa causa, y consagrado á la enseñanza, puede, sin la soberbia de Rosseau, adoptar por lema el *vitam impendere vero*. De aquí el carácter apologético de mi discurso, en que me he propuesto considerar la Religion Católica en una de sus mas grandes manifestaciones, á saber: en su influencia sobre la palabra humana, ó sea la elocuencia aplicada á la Religion. Nada mas digno de vuestra ilustrada atencion que un estudio histórico-crítico, siquiera sea rápido y somero, de la elocuencia cristiana, y considerada ésta en concepto de arte, y por consiguiente como complemento de la educacion teológica, nada mas conveniente que exponer á la consideracion de nuestros alumnos el carácter que la distingue y la gloria que la avalora.

Así como de todos los séres creados es el hombre el mas perfecto y admirable, así tambien de cuanto en el ser racional nos mueve al asombro y á la adoracion del Criador, nada es comparable á la palabra. El entendimiento se abisma en la contemplacion de ese fenómeno, síntesis de los prodigios que componen el órden fisico y el moral, y en que un lazo misterioso une y confunde á maravilla la materia y el pensamiento, encerrando á este sin envilecerlo en las formas de la materia, y prestando á ésta lo vago y aéreo del espíritu. La palabra es en el órden general de la creacion, la medida de la vida y de las perfecciones; carece por completo de ella el mineral, boceto ó ensayo de la existencia, y hasta la rechaza bruscamente, produciendo los ecos de las selvas: el vegetal, dando un paso mas en la escala de la vida, parece que algo nos habla con sus varios matices, su gracioso

---

(1) Melchor Cano, de Locis theol.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

movimiento, su risueño nacer y su doliente agonía: el perro y el papagayo como que intentan con una especie de palabra desmentir su irracionalidad, y desde el grito del salvaje hasta Demóstenes y Bossuet, se estiende en la especie humana la escala de las perfecciones, de la palabra y de los grados de vida ó de entendimiento.

Y lo mismo que decimos de los individuos, puede decirse de las naciones. La medida de su cultura y aplicacion, es la palabra, ya se considere gramaticalmente ó como lengua, ya tambien en su mas noble y sublime ejercicio, ó en boca de los oradores. La historia nos demuestra que los pueblos donde no ha brillado el ástro hermoso de la elocuencia, por inmenso que haya sido su poderío, han logrado cuando mas un bosquejo de civilizacion: habrán tenido acaso no se qué grandeza monstruosa é imponente; pero no pudieron dar un paso en el mejoramiento de la especie, no dejaron en pos de sí mas que estruendo, ruinas y un *sulco menos luminoso que inflamado* (1) Tales fueron los antiguos imperios orientales, y tales fueron, y son en nuestros dias, la India y la China, ancladas en el mar de las edades (2), y que bajo la inmensa pesadumbre del panteismo y de su gigantesca naturaleza, pasan la vida en un sueño, demostrando poderosa energía solo para la inercia y la contemplacion.

Por el contrario, en la historia del Occidente, la palabra todo lo domina, todo lo crea; establece una vida mas positiva, rompiendo el encanto de la fantasía; inventa y perfecciona el arte (3), avasallando con la razon el sentimiento; desarrolla hasta lo absurdo la personalidad humana, creando el Olimpo, que es la divinizacion del hombre, y asentando la vida sobre la base del socialismo, que significa en política la tiranía de la razon; y á la postre de una existencia brillante y como si protestára en Grecia de la agonía de la patria y en Roma de la muerte del mundo antiguo, produce á Demóstenes y á Esquines, á Ciceron y á Hortensio, y arroja soberbia á las civilizaciones venideras esos admirables modelos. ¿Quién osaria aceptar este reto temible? ¿Quién podria en adelante medir sus armas con los elocuentes enemigos de Filipo y de Marco Antonio y Catilina?

Jesucristo habia dicho de sí mismo: *si exaltatus fuero á terra*

---

(1) Donoso Cortés. Ensayo.
(2) Cantú, discurso preliminar.
(3) En lo que á la Oratoria se refiere, aparecen Aristóteles en Grecia y Quintiliano en Roma.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

omnia traham ad me ipsum. Subió en efecto á la Cruz el Hombre-Dios, cargado de los pecados del mundo, y al punto comenzó el cumplimiento del vaticinio. Jesucristo todo lo atrajo á sí, ó lo que es lo mismo, todo fué regenerado y vuelto á la vida por su divina influencia (1). La universal renovacion fué lenta, pero segura, que tal es el sello de las obras de Dios. Cada siglo, vió caer con pavoroso estruendo una tras otra las piedras del viejo edificio del paganismo; y aunque tropezamos todavía con sus escombros, podemos declararnos testigos del prodigio, y afirmar que la sociedad, la familia y el individuo, las ciencias y las artes, ó las obras de la inteligencia y de la imaginacion, todo lleva hondamente grabado el sello de Jesucristo: ¡Ah! acaso podamos dar en nuestros dias, de esta verdad, una demostracion terrible: parece que el mundo forceja hoy por desprenderse de los brazos de Jesucristo: ¿qué mayor prueba es que ha sido y es cristiano? Pero de las renovaciones verificadas por el cristianismo, la de la palabra fué la más perfecta é inmediata. ¡Qué hermosa y magnífica, Ilmo. Señor, es su historia, examinada á la luz de la revelacion! ¡Cuán ilustre abolengo es el suyo, y cuán portentosa su mision! Allá en lo mas recóndito y misterioso de la Trinidad Santísima, el Padre, conociéndole eternamente, engendra de la misma manera al Hijo, ó su palabra, Verbum (2), perfectamente coeterno con el Padre. A esta misteriosa muestra de fecundidad de la palabra, únese despues el mundo, saliendo á la voz de Dios (3) de los abismos de la nada. Brota entónces en los lábios del primer hombre, como éco de la voz divina, y en forma de himno de amor, el primer fruto de su inteligencia; mas á poco, mánchala la serpiente con su aliento emponzoñado; y á partir de este punto el mundo, se divide en dos bandos ó ciudades (4), donde se hablan dos lenguas diferentes; en una la verdad, de castas vestiduras y apacibles semblantes, y en la otra la mentira hipócrita, contrahecha y de ostentoso ropaje (5).

El espacio de tiempo que separa el Paraiso de la Cruz de Jesucristo, fué época de terrible espiacion y de grandes amarguras. La

---

(1) Vétera transierum: écce facta sum omnia nova Epist. 2.ª ad Corint.
(2) In principio erat Verbum, etc. Evang. Joan.
(3) Omnia per ipsum facta sunt. S. Joan. evang. c. 1.°
(4) S. Ang. de Civ. Dei.
(5) Balmes. Protect.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

razon humana, abandonada á sus propias fuerzas, hubo de esperimentar las consecuencias de su soberbia, cayendo aherrojada por todos los errores, desvanecida y moribunda en la desesperacion final, que tan al vivo nos pinta la historia del imperio romano (1). Dios emprendió, si así podemos expresarnos, el crear por segunda vez el mundo, dispensándole los cuidados de una asistencia tan solícita como constante, educándolo como el pedagogo á un niño caprichoso é inobediente y alternando los castigos con los milagros: sí, el mundo se salvó á fuerza de prodigios, que terminaron en el Calvario; pues era necesaria tan gigantesca elocuencia para herir la ceguera de aquellas gentes y tocar su corazon endurecido. El ministerio de la palabra, comienza en el mundo cuando aparecen en él esos divinos misioneros, vestidos del saco del penitente (2), de encendido corazon y de patética y terrible elocuencia, á quienes llamamos Profetas. La palabra de estos marcha acompañada y robustecida con el milagro, lo cual en nada amengua su importancia, al contrario, le comunica algo de lo grandioso é imponente de esos mismos prodigios. Jamás la palabra humana podrá llegar á la altura de la palabra profética: ¡Qué maravilla! Yo no puedo resistir el deseo de exponer á la consideracion de la juventud que me escucha, el grandioso cuadro de la elocuencia de los Videntes, manifestando la divina mision de estos, y las circunstancias que les rodearon. Aquí está el secreto de su fuerza sobrehumana.

Desolaban al pueblo judio los crímenes é iniquidades de los príncipes y de los vasallos, y aumentaba grandemente su malestar la division que en mal hora se perpetró en tiempo de Joroboan. La pérdida de la fé y del verdadero culto, que siempre traen consigo la corrupcion de las costumbres, precipitaron la ruina del reino de Israel, á la que se siguió, aunque mas tarde, la caida de Judá, el pueblo del templo y de los fieles verdaderos. Pero de cuando en cuando éranle enviados estos hombres, dotados con el poderío de la palabra y de los altos ejemplos, para detener el torrente de maldad que parecia inundar la tierra de los prodigios y de las divinas confidencias. ¿Cuánta fuerza y sublimidad no tendria la elocuencia de estos varo-

---

(1) Véanse S. Justino, Tertuliano. Minucio Felix, Sactancio, Salviano; y de los paganos, Séneca, Juvenal, Suctonio, Tácit. y Plutarco.
(2) S. Agustin, De civit., l. 18.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

nes, encargados de sostener con ella sobre sus hombros la pesadumbre de la nacionalidad hebrea? No eran menos notables las circunstancias, ó mejor dicho, el porvenir que á su vista se presentaba en sus misteriosas visiones. Conmoviánse profundamente sus almas de dolor, de indignacion ó de espanto, contemplando la ingratitud del pueblo escogido y muy amado de su Dios, y los castigos que se les preparaba: los sentimientos de religiosidad, de patriotismo y de ternura, se exaltaban vivamente ante el espectáculo de los ejércitos estranjeros; de los sacrilegios impios; de la nacion esclavizada; del esterminio de sus reyes y de sus levitas; de su templo destruido, y de Jerusalen desolada. Entonces, como fuera de sí, y lleno su corazon del heroismo y de infinito dolor, entonaban melodiosas y tristísimas elegías, ó daban á su palabra el sombrío colorido y la violencia del rayo. Oseas, el mas antiguo de los Profetas, Joel, Amós, Miqueas, Sofonias, Abacuc, elevan su voz llenos del espíritu de Dios, y amenazan con tremendos castigos; revélasele á Ezequiel lo porvenir en espantosas visiones, que él cuenta á su vez con rara energía y fuerte colorido: consuela Daniel á sus hermanos, y subyuga con su prestigio á sus señores en Babilonia, y hunde su mirada en lo futuro hasta tocar los linderos de la historia; pero levántase sobre todos. Isaias, de estraordinario talento y esmerada cultura, el mas elocuente y sublime de todos los hombres; historiador, profeta y modelo ejemplar de predicadores, por su conocimiento del corazon humano, su sábia moral, sus ataques á la idolatria, vicio capital de su auditorio, y el santo celo con que reprende á humildes y á poderosos; su mirada de águila lee, como en un libro, en lo porvenir; anuncia con cien años de anticipacion la cautividad de su pueblo, y se regocija viendo los castigos de sus enemigos los Moabitas, Idumeos, Etiopes, Ejipcios, Tirios y Sidonios; y sobre todo, la ruina de la soberbia Babilonia, martillo del universo, como le llama Jeremias: ¡Héla ahí! esclama, herida como nosotros: ah! habeis venido al duro trance que nosotros, los que decias interiormente: yo elevaré mi trono sobre los astros y seré igual al Altísimo (1). No es menos grande Jeremias, de igual inspiracion y santo entusiasmo; de corazon mas sensible y de un númen poético mas tierno y fecundo que Isaias: enseña como

(1) Is. 14.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

éste, predica, amenaza; mas cuando vé que es todo en vano, y que colmada la medida de los crímenes, el castigo es inevitable, se abisma en su dolor y llena la ciudad de su llanto y sus lamentaciones (1). De esta manera están descritas por los Profetas las grandes revoluciones de los imperios. El pueblo judio vió pasar ante su vista, no solo Ascalon, Gaza, Damasco, las ciudades de los Samaritanos, de los Idumeos, de los Moabitas y de los Anmonitas; sinó tambien Tiro, la reina del mar, Janais, Menfis, Tebas, la de las cien puertas, y las riquezas de Sesostris, Ninive, asiento de los reyes de Asiria sus perseguidores, y en fin la orgullosa Babilonia, cargada de los despojos de los demás pueblos. Pero aún es mas basta la esfera de las visiones proféticas: Jacob, Ageo, Malaquias, David hablan detalladamente de Jesucristo y de su reino; Daniel vaticina el advenimiento y caida de los que precederán al del Salvador, señalando matemáticamente el momento de su llegada, é Isaias merece el título de quinto evangelista.

Ahora bien, Ilmo. Sr.: si, como se ha dicho, la elocuencia puede compararse á la llama, cuya pureza depende de la calidad de la materia inflamable, que la alimenta, ¿qué elocuencia podrá vencer, ni aún igualarse, á la de los Profetas? ¿Puede darse asunto mas grave é interesante, y al propio tiempo mas grandioso, que la gloria de Dios y la felicidad terrenal y eterna de los hombres? Lo pasado, lo presente, lo porvenir, el cielo, la tierra y el infierno, el tiempo y la eternidad, tales son los temas y asuntos ordinarios de la elocuencia sagrada, cuyos padres son los Videntes de Israel. Si el peligro de la Patria y de las cívicas libertades, inspiró á Demóstenes y á Ciceron tan ardientes invectivas y tan elocuentes acentos, ¿qué no producirian en el alma encendida de los Profetas, los motivos alegados, incomparablemente mas graves y solemnes? Ningun escritor profano pudo, ni podrá jamás, como los Profetas, conocer á fondo las causas de los acontecimientos, narrar lo porvenir como si se tratára de lo presente, y ofrecer así una accion mas vasta, ni un mas grandioso drama: por otra parte su auditorio es tan limitado como el asunto de sus discursos, porque se dirigen á las generaciones sucesivas. De aquí la oportunidad y conveniencia eterna de esa palabra,

---

(1) Bossuet. Disc. sur l' hist. univ. 2.ª par. 4.º

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

que nunca envejece, y que puede y debe tomar en los lábios el orador sagrado. Estamos esponiendo involuntariamente parte de la gran verdad, en que nos ocuparemos mas adelante, á saber: que sin el estudio ásiduo y sin tregua de la Biblia no espere nadie, por rico en dotes oratorias que lo haya hecho la naturaleza, llegar á ser orador sagrado. Pero la belleza de la forma, el movimiento, el calor y el entusiasmo, que son los grandes y eficaces medios de persuadir, no es posible poseerlos sin la asídua lectura de los Profetas. Podría citar tantos ejemplos como oradores sagrados notables nos presenta la historia: podría preguntar de dónde tomaron su magnificencia el Crisóstomo; su energía demosteniana San Basilio; su fuego el Nacianceno y San Ambrosio, su patético San Agustin, y San Efren su sombría y aterradora palabra: pero hable por todos el insigne Obispo de Meaux. Habia nacido este hombre admirable para el sacerdocio, del que es el mas acabado tipo, para deslizarse calladamente bajo las ojivas de las basílicas, llevando únicamente sobre sus hombros el peso del pensamiento cristiano (1), y para ser en medio de las grandes miserias de una Córte célebre el misionero de Dios. La actividad de su espíritu y el presentimiento de su destino llevábanlo á buscar el alimento de su imaginacion en los grandes maestros y en los modelos de las sábias literaturas; mas ni Homero llenaba sus aspiraciones, encontrándolo inferior á la grandeza de la doctrina católica, ni menos Horacio, cuyas bellezas sin embargo amaba su alma altamente poética. Dedicóse al estudio de la Biblia, y al punto se tranquilizó su espíritu, porque habia hallado la armonía de su entendimiento y su imaginacion. La pompa y magnificencia del Oriente, la magestad del mar y del desierto, lo terrible del Sinaí, la grandeza de David y Salomon, las batallas prodigiosas, lo espantoso de los castigos, la grandeza de las ruinas, la nada de los imperios, la miseria de la vida y la grandeza de la muerte, todo esto descrito, puesto en accion y movimiento por la voz inspirada de Moisés y de los Profetas, conmovió profundamente el alma de Bossuet, que respondió como el éco á tan sublimes acentos, y remontando su vuelo de águila, se abrevó en las fuentes de la eternidad. Y llegó á ser acaso el orador mas grande del

(1) Lamartine, biog. de Bossuet.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

púlpito cristiano, porque, al decir de uno de sus biógrafos, en él la Biblia se habia hecho hombre.

Ilmo. Sr.: el juicio de los Profetas considerados como oradores, y por consiguiente como objeto de profunda meditacion para los que se dedican al ministerio de la predicacion, quedaria incompleto, sinó los consideráramos aquí, siquiera sea brevemente y de pasada, como eminentes é inimitables poetas. Esto por otra parte nos dá márgen para dejar consignado, que la poseia es una de las fuentes de la oratoria sagrada; en lo que ciertamente no convienen muchos de los que, predicando todos los dias, no han estudiado á fondo la materia, ó llevados de ceñuda y recelosa piedad, reputan como profano é indigno de la gravedad del púlpito el uso de la poesía, esta graciosa y risueña hija de la inteligencia humana (1). Error crasísimo es este, condenado por la filosofía y por la historia del arte cristiano, nacido acaso de haberse fijado mas en las formas de la poesía que en su esencia, así como tambien en los asuntos casi siempre profanos, y á las veces inmorales por lo impúdico, de esta parte de la literatura. Sin embargo, castas llamaron los antiguos á las musas, y por la voz de estas enseñaron la religion, las leyes, el culto y los triunfos de sus dioses y de sus héroes. Por otra parte, la poesía no consiste en el arte de esponer agradablemente los mitos paganos y las divinidades del Olimpo, ni consiste tampoco en la manera de adornar hábilmente las ficciones de la imaginacion, ni menos en el método de aprisionar el pensamiento de la misma, que frecuentemente se convierte para él en el lecho de Procusto: lejos de esto, ó mejor dicho, muy por cima de esto, es el lenguaje de un alma sensible, vivamente exaltada, poseida de una pasion cualquiera. La poesía es una superabundancia de vida moral, que centuplica las fuerzas del entendimiento, del corazon y de la imaginacion, que rompe las trabas de la materia, y salvando los linderos de lo real y aún de lo posible, se lanza á la region de la fantasía y se complace en crear en ella un mundo mas perfecto, revistiendo las ideas y los afectos de diferentes y agigantadas formas. Considerada en su raiz es hermana de ella la elocuencia, lo cual se hecha de ver tambien en las mas nobles manifestaciones de entrambas, ó en lo sublime, que no puede ser mas que un género. Por eso

---

(1) Audisio. ibidem.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

se confunden en los Profetas, en Homero y en Dante, en Camoens y Calderon, de la misma manera que en Pericles, en Demóstenes, Ciceron, Mirabeau O'conell, y señaladamente en S. Gregorio Nazianceno, S. Bernardo, Luis de Leon y de Granada, Fenelon, Bossuet y Lacordaire. Y si la poesía es la expresion de un alma naturalmente sensible y fuertemente impresionada, ¿de cuánta utilidad no será al orador cristiano para comunicar al auditorio sus sentimientos y místicas emociones?

La poesía contribuye además á la persuasion encubriendo con su hermoso ropaje la dureza y austeridad de las verdades cristianas, y ennobleciendo, para que no degenere en brusco y chocarrero el entusiasmo del orador, que no debe ser otra cosa que la verdad sentida y manifestada de la mas noble manera.

El estudio pues, de la poesía es de todo punto necesario al sacerdote, si quiere aproximarse á la perfeccion oratoria. En Homero, el primero de los poetas, segun Dante aprenderá los principios eternos de lo bello, y en Virgilio hallará, si menos grandeza y sublimidad, una sensibilidad y ternura esquisitas, admirable espontaneidad, y elegancia sin segundo. ¿Y qué os diré del Dante? de ese terrible givelino de quien todo es divino, su comedia, sus cantos y su prodigiosa inteligencia? ¡Ah! leedlo, si quereis sentir profundamente la belleza de la virtud, lo horrible del pecado y lo espantoso de los castigos. Leed tambien á Milton, ese otro teólogo sublime, en cuya inmensa imaginacion parece que cabe holgadamente lo ilimitado de la eternidad. ¿Y será menester recordaros á S. Juan de la Cruz, Santa Teresa, Fr. Luis de Leon y Herrera? Por lo que á mí hace no me atreveria á omitir ni á Manzoni, ni á Chateaubriand, ni aun al mismo Lamartine. ¿Y sabeis dónde bebieron estos génios admirables tan sublimes aspiraciones? Aparte de los dos primeros, todos se formaron con la asídua lectura de los Profetas. Yo no creo necesario detenerme á caracterizar y hacer el elogio de la poesía de los Profetas, porque esto seria ofender vuestra ilustracion. Pero sí diré con un sabio profesor (1) que todo lo que en el antiguo Testamento se contiene es en cierto modo poético. Nada mas solemne y magnífico que el estro de Moises, algunos de cuyos cánticos pueden considerarse como acabados

---

(1) García Blanco, Gramática heb.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

modelos en el fondo y en la forma (1). David traslada á sus versos el movimiento y lo dramático de su agitada vida: su grande alma, presa de todas las pasiones y de los mas encontrados afectos, es reflejo y como tipo de todas las almas: él tiene gritos para expresar todos los dolores humanos y acentos para manifestar las mas íntimas y puras alegrias (2). Salomon despues de enseñar con serena y soberana elocuencia las instrucciones de la eterna sabiduría, avergüenza la pluma de Teócrito en el cántico de los cánticos, ese poema que participa á la vez de los caractéres del idilio, de la égloga, de la bucólica y del drama (3). Por lo que hace á Job, Isaias y Jeremias son el colmo de lo sublime: es menester renunciar á describirlos, y referirse á las impresiones que produce su lectura. En su fuerza, en sus arrebatos y extraordinario lirismo se vé á la divinidad tan claramente como en la sublime sencillez del Evangelio. Para concluir este punto recordaré que los apologistas de los primeros siglos estaban tan familiarizados con los Profetas, como con los grandes poetas de Grecia y Roma; que S. Basilio y mas que él el Nazianceno, educados en Atenas, se quejaron amargamente de que Juliano el apóstata hubiera prohibido á los maestros cristianos la enseñanza de las bellas letras; que San Gerónimo comentaba á veces á sus discípulos los escritos de Virgilio, mientras arrojaba al corazon de su siglo los rayos de la Santa indignacion de los Profetas; que Segneri deja traslucir en sus sermones su conocimiento de los clásicos, y que Bossuet, Masillon y el autor del Telémaco, educados en la córte casi pagana de Luis XIV, se formaron no menos con la Biblia que con la lectura de Homero y del inmortal Cantor de la Eneida.

Pero continuemos la historia de la elocuencia en el seno de la Religion. En Malaquías concluye la série de los Predicadores del antiguo Testamento, y por espacio de 500 años se interrumpe la comunicacion por medio de la palabra de la tierra con el cielo. Próxima á cumplirse la plenitud de los tiempos aparece el Bautista, morador de los desiertos, cubierto de pieles y alimentándose de langosta, es el digno precursor de la Religion que enseña el triunfo del espíritu sobre la materia: su elocuencia participa algo de la esperanza que anima el

---

(1) Rollin. Frat. des Et.
(2) Bossuet. Prefacio sobre los Salmos c. 8.
(3) Garcia Blanco. Ibid.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

antiguo Testamento y de la gravedad y tendencia práctica del Evangelio. Su vida era austera y penitente; grave y profunda su palabra, dice un profundo historiador (1). Iba clamando por todas partes. «Haced penitencia». Mas aparte de este, cuando nació humildemente de padres humildes un niño prodigioso en la tierra de los prodigios, el mundo guardaba silencio, como dice en su estraño y magnífico estilo, el Marqués de Valdegamas (2). Yo no sé si este silencio era el de las tumbas, ó hijo del respeto con que el universo, auditorio de Jesucristo, se preparaba á escuchar al hijo de Dios. Todo callaba en efecto. Por segunda vez desde Tales y Pitágoras la filosofía, olvidada ya de Sócrates, se evaporaba entre los sofistas de Alejandría: en vano la severidad del estoicismo de Caton y de Bruto pretendia componer el semblante de la República moribunda, mientras M. Tulio, indiferente y descreido, hacía el inventario de todas las opiniones. Respecto á la Religion, veíase ridiculizada por la sátira y por la sonrisa de los augures. Burlado á cada paso el sentimiento religioso de los hombres, que se veian sin Dios, amontonaban los dioses en el Panteon, y no satisfechos aún, manifestaban su dolorosa desesperacion levantando altares al Dios desconocido (3). El mundo se moría de hambre, de verdad. En tan crítica sazon dejóse oir la palabra de Jesucristo, y el reinado de la elocuencia se afirmó para siempre entre los hombres. Porque Jesucristo todo lo enseñó de palabra (4) y á ella le encomendó, principalmente, la conservacion de su doctrina. Evidentemente esta forma era un progreso sobre la antigua, que consistia en conservar la ley en un libro, siquiera fuera éste escrito por el mismo Dios. Entre Jehová y los judíos, se interponian las nubes llameantes del Sinaí ó el Sumo sacerdote revestido de misterioso ropaje, porque allí el Señor trataba con sus siervos. Pero Jesucristo es Dios hecho hombre, hermano nuestro, sometido á todas las miserias y dolores humanos, escepto los que provienen del pecado: siendo igual á nosotros no se desdeña de hablarnos, y estando entre los suyos no necesita de cartas ni de mensageros. Por otro lado, la palabra una vez aprendida, se hace parte del hombre, y no está expuesta, como la escritura, á perder-

---

(1) Alzog.
(2) Ensayo, etc.
(3) Acta apost., 17.
(4) Ad. Heb. 1 Diebus istis locutus est nobis in Filio. S. Joan. 18. Ego palam locutus sum mundo.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

se ni falsificarse, ni á ser objeto de arbitrarias interpretaciones: el corazon del hombre es el único libro en que Dios escribe por su mano. Claramente se vé por esto, cuán monstruoso es el Protestantismo que idolatra la Escritura; por lo cual ha perdido por completo la inteligencia de las obras de Jesucristo y de las cosas sobrenaturales. La Iglesia sirve ménos para conservar la Biblia, que para enseñar de palabra lo que aquella contiene, y mucho más de lo que contiene (1); que no quiso Dios dictarlo todo á los inspirados. Pero sí lo predicó todo Jesucristo y encargó á su Iglesia que lo enseñára á las generaciones venideras (2). Tanta es la importancia de la palabra, que la Iglesia es esa misma palabra viviente, la tradicion en persona, si así puedo expresarme (3). Ahora bien, la Iglesia lo es todo en el sistema del Catolicismo.

Ilmo. Sr.: Si Bossuet pedia luces al cielo para hablar dignamente de la elocuencia de San Pablo, ¿qué deberé yó decir al tratar de la de Jesucristo? Diré sencillamente, que mi entendimiento se turba, y que la pluma se me cae de las manos. Por profundos que fueran mis conocimientos del arte (y son harto medianos), apénas acertaría á balbucear algunas palabras en elogio de lo que nunca será suficientemente alabado. Yo creo que en este trance la mision del crítico se reduce á abrir reverentemente los Evangelios y repetir aquellas palabras que escuchó San Agustin: *tolle*, *lege*. Si de Aristóteles se ha dicho que en sus escritos habla razon, y lo mismo puede decirse de Santo Tomás de Aquino, de Pascal, de Bossuet, de Nevvton que conocieron en virtud de una luz superior la verdad, y la expusieron tal cual es, tan sencilla, pura y magestuosa, ¿qué diremos de los discursos del Salvador, de la palabra de la Sabiduría eterna? No hablaremos de su sencillez adorable, ni de su sublimidad y dulzura infinitas; que todas estas cualidades saltan desde luego á la vista del que por dicha recorre las páginas del Evangelio. Pero están allí de tan eminente y natural manera, tan ajenas á todo estudio y esfuerzo, que lo prodigioso de ellas, casi se oculta á nuestros ojos miéntras inunda de luz al alma, á la manera que el sol nos baña en su lumbre y comunica á raudales la vida y la alegría, sin que nos aperciba-

---

(1) Perrone, De locis theol.
(2) Euntes in mundum universum: prædicate evangelium omni creturæ. Marc. 16.
(3) Mochler, simbolica.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

mos de ello, ni paremos mientes en lo escelente del don, ni en la magnífica manera con que se nos prodiga. Pero lo que sobre todo resalta en la palabra de Jesucristo, es ese aire de conviccion profunda del que la pronuncia, ese tono de afirmacion absoluta, que revela la posesion completa y el señorío de la verdad. Nada se vé allí de ese vacilar, de esas recelosas afirmaciones y dudosas respuestas, tan frecuentes en los sábios, que, á medida que adelantan en el saber, se sienten como Sócrates, disgustados de su misma ciencia; todo es allí terminante, claro, lleno de luz y de magestad. Jesucristo habla, no raciocina, si por racionar se entiende trabajo é inquisicion de la verdad: no es el sábio que expone, es la verdad que se manifiesta, y que manifestándose, sabe que todo se le rinde y lo avasalla. Por eso no usa de artificio ni de adorno alguno retórico; ¿para qué?: la retórica encubre siempre la debilidad de la razon, en cuyo auxilio acude, y cuya flaqueza robustece para vencer la resistencia que la ignorancia y las pasiones oponen siempre á la verdad: mas cuando ésta se presenta tal cual es, domina en un punto el entendimiento, que tiende hácia ella invenciblemente, y el corazon que la ama de igual irresistible manera. ¡Qué diferencia entre Jesucristo y los oradores humanos! Use en buen hora el grande orador romano de su prodigioso talento oratorio, ostente lo maravilloso del arte para insinuarse en el ánimo de sus oyentes (1), y haga caer el proceso de su defendido de las manos de César á fuerza de patética elocuencia; levante Demóstenes con su palabra, la más enérgica y poderosa que han escuchado los hombres, el ánimo del pueblo degenerado, conmuévale y láncelo contra Filipo al recuerdo de los manes de Maraton; concite M. Antonio al populacho contra Bruto y sus secuaces, mostrándole los restos ensangrentados del grande hombre; fulmine Mirabeau desde la tribuna, descompuesto, terrible é iracundo el rayo de su elocuencia, y empuje con su aliento el carro de la revolucion; prostitúyanla á esta y háganla execrable los gritos sangrientos de Marat, de Danton, y la sofística y traidora palabra de Robespierre, esto es muy propio del hombre limitado y víctima de las pasiones y de los errores; y así y todo en cuanto al éxito ninguno de estos oradores lo alcanzó jamás completo; mas por lo que hace á Jesu-

(1) Vide exord. secundæ Pro leg. Man.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

cristo, su triunfo sobre su auditorio fué siempre instantáneo y decisivo: no echó nunca mano del arte, que frecuentemente sirve para prostituir el sublime don de la elocuencia; bastabále, á la verdad, que personificaba el Hombre-Dios, manifestarse á los hombres, y decirles sencillamente: héme aquí (1).

Considerado Jesucristo como hombre, el éxito de su predicacion consistió en varias causas, que no parece conveniente exponer á la consideracion de los que, dedicados al púlpito, estan imperiosamente obligados á imitar este divino modelo. El Salvador del mundo en cuanto hombre, no enseñó nada suyo, sino lo que se le habia enseñado, para que él á su vez lo manifestase á los hombres: mi doctrina no es mia, solia decir fuertemente, síno de aquel que me envió (2). Siendo su carácter el de enviado, el de embajador, no podía, ni quería salvar el límite de las facultades que se le habian concedido. De aquí resulta proclamado por el Redentor el gran principio de la oratoria sagrada, á saber; que conteniendo esta la palabra divina manifestada á los hombres, no podrá llamarse tal sino aquella elocuencia que sea digna y fiel expresion de la palabra de Dios; lo que, hablando tecnicamente quiere decir, que la fuente principal de la oratoria sagrada, es la palabra divina, segun nos la propone la Iglesia; que quien no tome de ella el asunto, el espíritu, y hasta cierto punto la forma de sus sermones, no puede llamarse predicador, porque no será mensajero de Cristo, segun San Pablo (3); ¿y cómo predicará el que no sea enviado? (4): ¿se atreverá á predicar á otros, y á tomar en su boca la palabra divina? (5) Nó, nuestra doctrina no viene del Pórtico ni de la Academia, decia Tertuliano, *de Porticu Salomonis est* (6). Entre la elocuencia sagrada y la profana, hay tanta distancia como de la tierra al cielo: auxíliese la primera de la segunda, pero cuídese de que jamás la sustituya: San Agustin lo ha dicho de manera la mas terminante: *eloquentia quæ huic sœcculo placet non pascit fidem*. ¡Ah! Ilmo. Sr.: cuánto mal no ha causado á la elocuencia cristiana, cuánto mal no le causa hoy el olvido de las verdaderas

---

(1) Ego sum véritas.
(2) San Juan-7-16. Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me. Ego quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo, et á mé ipso facio nihil, sed sicut docuit me Pater, hoc loquor.
(3) Pro Christo legatione fungimur. Epist. 2.ª ad Corint.
(4) Quomodo prædicabunt nisi mittantur. Epist. Ad. Rom.
(5) Salmo 77.
(6) Apol.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

fuentes! No ha existido otra causa del abatimiento del arte y de la introduccion de la especie de paganismo que en Italia, Francia y España registra la historia del siglo décimo octavo.

El poderío incontrastable de la elocuencia de Jesucristo, se explica además porqué fué el tipo mas acabado del orador, segun Quintiliano y todos los Retóricos: *Vir bonus dicendi peritus*. Jamás se habia visto ni se volverá á ver tan completa armonía entre la doctrina y el ejemplo, ni un tan alto modelo de santidad: solo Jesucristo ha podido dirigir á sus semejantes esta extraña pregunta, que no puede formularse mas que por Dios ó por el insensato, *¿quis ex vobis arguet me de peccato*? Ilmo. Sr.: yo no creo necesario repetir aquí lo que acerca de las virtudes del ejemplo, ó práctica de lo que enseña el orador, estais sin duda cansados de leer en todos los maestros del arte (1): cabalmente á causa de la contradiccion entre las palabras y las obras, no pudieron los filósofos de la antigüedad, como dice Voltaire, influir en los vecinos de la calle que habitaban. Menos aún me juzgo obligado á recomendar á los predicadores del Evangelio la virtud mas acrisolada y heróica: ofenderia la ilustracion de estos, si me pusiera á citar los infinitos textos que la recomiendan y prescriben. Ni tampoco yó, alejado como me hallo del santuario, me atreveria á aconsejar á los ministros del altar: me contentaré con poner el dedo en esa llaga de la falta de piedad y de celo, con hacer votos por la curacion de ella, donde quiera que se halle, y con declararla peste de la elocuencia sagrada y causa de su abatimiento en todos los tiempos. Sin embargo, considerado esto del ejemplo y de la virtud, con relacion á las reglas del arte, puede decirse que es tan importante en lo sagrado la santidad del orador, que sin ella no puede ser ilustrado; como quiera que él es maestro en la ciencia de esa misma santidad: su palabra será por consiguiente espíritu que vá y no vuelve, como dice David (2). Además el *si vis me flere*, etc. del poeta, tan sabido de todos, viene á ser parte, y muy esencial, de la accion ó elocuencia externa, tan importante segun Demóstenes y M. Tulio: lo profundo de la conviccion no sólo anima la voz, dándole no sé que fuerza magnética, que penetra el alma, sino que influye tambien en el

---

(1) Vide Lactant. divin. inst. lib. 4. Cic. de Orat. l. 1.°, Orat. Quint. Inst. l. 8.°
(2) Salmo 77.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

gesto y actitud del orador, convirtiendo en elocuente todo su cuerpo: parece que el alma se asoma al exterior por todos los poros de la materia, y la espiritualiza de prodigiosa manera. Tal era, elevado á las alturas de tipo ideal, el divino orador Jesucristo. Figuráoslo, si á tanto alcanza la imaginacion, pronunciando aquellas palabras sublimes: *ego sum via, veritas et vita,* ó en la montaña derramando sobre la muchedumbre los raudales de Sabiduría de las bienaventuranzas, ó pidiendo desde la Cruz abrevado de dolor, el término de su amargura. ¡Oh! nó, no era este el nazareno elegante y visionario del impío Idilio de Renau; era, y no podia ser otra cosa, el Hijo de Dios, anonadado bajo la figura de siervo (1) muriendo en una cruz por todos los hombres.

Mas cuando el Salvador hubo resucitado, dió la última mano á su obra y subió á los cielos despues de haber hecho una promesa solemne. Cumplióse esta á poco, y el Espíritu Santo se infundió en la Iglesia, como el alma en el cuerpo del hombre, en forma de fuego, símbolo visible (2) de la caridad, que purifica los corazones (3): los apóstoles recibieron el don de lenguas y comenzó la evangelizacion del mundo. Ilmo. Sr.: si esta esplicacion, natural cabalmente por ser milagrosa, del prodigio que se sigue despues, no es aceptada, esperamos á que se nos dé otra mas racional de la predicacion del cristianismo, esa maravilla de la historia. Lo cierto es, porque nadie puede contestar los hechos, que hubo un dia en que doce oradores acometieron la empresa de conquistar el mundo con su palabra, y, lo que aun es mas admirable, que llegaron á lograrlo en medio del pasmo universal, que con sobrada razon llamaba locura al intento que no siendo, como era, cosa del poder divino, debia forzosamente ser parte de la demencia. ¡Y qué oradores! Veíase en ellos lo mas humilde de la sociedad, incultos, iliteratos, separados del trato de sus semejantes, y de tan pobre aspecto, que quizá serían repugnantes á la muelle y elegante sociedad pagana: ¿qué dirian de ellos los discípulos de Quintiliano y admiradores de Hortensio, que á tono de flauta, cargados de afeites y contados los pliegos de la toga, subian á los rostros de Roma? Sin embargo, esos oradores, jamás hablaron

---

(1) Exinamivit formam servi accipiens. S. Pablo.
(2) Mœhler, simbólica.
(3) Alzoz, hist. eccles.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

en vano, y el éxito de su palabra superó á toda la elocuencia antigua. ¡Y qué palenque tan vasto no se abria á esta jigantesca lucha del espíritu contra la materia! ¡qué mision la de los apóstoles! ¡qué asunto el de sus discursos! Arrancar de cuajo el árbol de las creencias, ó mejor dicho, sustituir la fé religiosa, lo más difícil de imponer á las preocupaciones de muchos siglos, lo mas difícil de desarraigar; destruir una moral basada en el desarrollo brutal de las pasiones y apoyo de la vida pública y privada, y poner en su lugar el refrenamiento y muerte de los apetitos carnales; despertar el pensamiento y la imaginacion, y empujar por nuevos rumbos su actividad, y sobre todo esto, lo mas asombroso y extraordinario, poner á los piés del hombre el ídolo que llevó en su corazon, y establecer en medio del egoismo, consagrado por la ciencia y envilecido por la esclavitud, el reinado del amor, y con él la fraternidad universal, la unidad de la especie humana; en una palabra, destruir y volver á crear el mundo moral. ¿Dónde se habia visto jamás semejante tema para la elocuencia? ¿Qué valen al lado de esta la corona de Ctesifon, ni los intentos de Filipo, ni las leyes de Manlio, ni las maldades de Catilina, de Verres y de M. Antonio, ni el peligro de la patria ó el patíbulo de Luis XVI? Verdaderamente la palabra humana, no puede levantarse á mayor altura.

Pocos monumentos nos han quedado de la elocuencia de los apóstoles, pero tenemos para juzgar de ella el éxito: repartiéronse el mundo, como los generales se dividen el campo de batalla, y á su muerte en todas partes se habia escuchado y habia fructificado su predicacion (1). Uno de ellos, Pedro, acaso el de mas sencillo y esforzado corazon, despues de haber predicado en Jerusalen y en Antioquía, concibe el mas audaz y sublime pensamiento que han tenido los hombres, y ante el cual las empresas de Alejandro y de César parecen juego de niños. Solo, chorreando aun su ropa de pescador el agua de los mares de Galilea, con la cruz en la mano y á Jesucristo en el corazon, toma el camino de Roma, y detiénese, desconocido y silencioso, ante el soberbio Capitolio. Ese reducido ejército de oradores se habia dividido el mundo, y el jefe de ellos tomaba para sí la mas árdua empresa, dirigiéndose á la capital: mostrábanle los

---

(1) In omnem terram.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

presentimientos de su génio, iluminado por la Fé, que aquella Roma que sujetara el orbe por la fuerza y la injusticia debia dominarlo perpétuamente por la inteligencia y el derecho: muere allí tras laborioso apostolado, y jamás la muerte de un hombre ha sido mas fecunda: Pedro, dice Chateaubriand llevó á Roma los poderes de Jesucristo y renovóse allí el Universo (1). La elocuencia del Príncipe de los apóstoles tiene no se qué de original y de típica: vése al traves de la inspiracion algo de la rudeza del antiguo pescador, y ademas es sencillo, claro, enérgico y lleno de celo y de caridad; me atrevería á decir que su elocuencia es la elocuencia de la silla apostólica; pues paréceme notar en la palabra de los Papas la serenidad magestuosa donde no llegan las pasiones de los hombres y el amor paternal que abarca al género humano, cualidades que cualquiera puede admirar en las cartas y discursos del primero de los Pontífices cristianos. Y sin embargo, se sirve del arte que aconsejan la razon y el criterio oratorio. Siendo el dia de Pentecostés la vez primera que predica la nueva doctrina, y dirigiéndose á los judíos, procura fundar su oracion en los testimonios del antiguo Testamento, hasta el punto de parecerse mas á un alegato que á un discurso, y se cubre con la palabra de los Profetas al lanzar á su auditorio la inculpacion de deicida. Pero en su segunda oracion, alentado sin duda por el éxito brillante de la primera, usa de mayor franqueza, se deja arrastrar de su celo apostólico, escoje por tema la muerte del autor de la vida, insiste en él y estrecha á su auditorio, arroja á su corazon el dardo del remordimiento, y concluye pidiéndole la conversion, que al punto le otorgan cinco mil personas.

San Pablo fué un prodigio. Judío de nacimiento y por su ilustracion, pagano por su saber y apóstol de Jesucristo, era la personificacion de la unidad humana, que enseña el Cristianismo. Nada hay mas justo que el título de Apóstol de las gentes que se le ha dado, porque evangelizó á casi todas ellas de palabra ó por escrito. Sin duda lo grandioso de su destino, encendió su génio portentoso y le comunicó la profundidad teológica, la estension de miras, la alteza de pensamientos, la fuerza demosteniana, el celo por la gloria de Cristo y de los hombres, que son las cualidades de la elocuencia verdaderamente

---

(1) Estudios históricos.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

divina de San Pablo. Sus escritos son el libro del teólogo y del orador: sucede con ellos lo que con todos los libros profundos, que mas se ahonda en su sentido á medida que se medita. Ninguno de los apóstoles eleva tanto el espíritu como San Pablo. Con él formó San Agustin su entendimiento y su corazon de serafin; el Crisóstomo lo leia todas las semanas, y San Gerónimo, á quien debia serle tan simpático el génio del grande Apóstol, decia de él: «*Quem quatiescumque lego, videor mihí non verba audire, sed tonitrua*» (1).

En pós de San Juan, y á la par de él, continúan San Bernabé, San Clemente, San Ignacio, San Policarpo y otros la obra de los doce pescadores, de quiénes son como éco fidelísimo; pues, á parte de la fuerza divina de los apóstoles, los discursos de los primeros obispos y de los mártires nacen del corazon y respiran el piadoso entusiasmo, propio de lo que pudiéramos llamar edad heróica de la Iglesia.

Bien pronto cambia la escena. Cuando la sociedad pagana se apercibió de la clase de enemigo con quien tenia que habérseles, cuando hechó de ver que una religion nueva traería forzosamente consigo un Estado nuevo, rugió como el leon herido, y llena de soberbia, se dispuso á aplastar aquella secta pígmea, que osaba introducir tan estrañas novedades. Entónces los cristianos son arrojados á las fieras y á los patíbulos, y empieza el bautismo de sangre de la Iglesia, á cuyo precio adquiere ésta el dominio del mundo. Viendo el paganismo que se cansaba en vano el brazo de sus verdugos, desencadenó contra la nueva religion todas sus iras, los ultrages y rencores de la idolatría, la barbarie de las turbas, los resentimientos del espatriciado moribundo, el desprecio de los sábios y la rivalidad de los filósofos. A los tormentos era fácil oponer la resistencia de los mártires; pero ¿cómo se contestaría á los tiros de la calumnia y á las perversas interpretaciones de la doctrina? ¿Quién daría cumplida respuesta á Simon Mago y á Celso, y despues á aquel otro filósofo, cubierto con el manto imperial, á quien la historia ha denigrado con el epíteto de apóstata? En tan crítico momento aparecen los apologistas, Ilmo. Sr.: yo no me detendré mucho en el exámen de estos; porque la elocuencia propiamente dicha es la palabra, no la letra;

(1) Epist. ad Pammach.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

lo que se habla, no lo que se escribe. Sin embargo, conviene notar que la nueva forma que tomó en esta época la elocuencia cristiana, fué una necesidad impuesta por las circunstancias y de fecundas consecuencias en el órden intelectual. La muerte cortaba súbitamente la palabra de los pastores y de los fieles, muchos de cuyos himnos inspirados y elocuentes arengas concluian en la eternidad: por otra parte, la causa perseguida necesitaba de abogados, y estando cerrados para estos el foro y los palacios de los emperadores, la pluma suplió á la palabra, y encoméndose al libro la defensa de la justicia y el entusiasmo del corazon. Pero la letra contenía mal tan ardientes afectos; así es que rebosa en ella y se desborda el pensamiento de los apologistas. Estos, mas bien que escritores, son en su mayor número, oradores que escriben lo que no pueden hablar de la misma manera que si lo hablasen: de aquí el desaliño de algunos y la dureza del estilo. Tal es el carácter de las apologías propiamente dichas: ¡qué fuego! ¡qué patetico! ¡qué indomable valor! ¡qué poderosos razonamientos!.. La ciencia, la filosofía, la literatura, la razon con todas sus riquezas viene en esta época en auxilio de la Religion, y empieza á su vez la literatura teológica cristiana. La elocuencia adornada con la Retórica y con las formas artísticas, mece en la cuna la teología, que aparece con la ciencia de San Clemente, San Justiano y Orígenes, con los varoniles acentos y la profundidad de Tertuliano y San Cipriano y con las elegantes formas de Lactancio.

El momento del triunfo se acercaba, bastábale al Cristianismo, planta que crecía sobre las ruinas de cuantos le rodeaban, tender la vista en derredor para convencerse de su próxima victoria. En efecto, todo agonizaba en torno del; porque agonizaba el imperio Romano, síntesis bastísima en que todo se hallaba confundido. Allí estaba la Religion, que habiendo sido en un tiempo la adoracion de la patria, era á la sazon el culto del emperador y de sus necios antojos: allí estaba la ley, hollada y escarnecida por la tiranía mas monstruosa é inconcebible: allí estaban las libertades civil y política, el *Jus exivium civitatis*, como le llamaba Ciceron, vilipendiadas por la ferocidad de Tiberio, la locura de Calígula y la estupidez de Claudio, y aun mas por un Senado compuesto de mugeres, eunucos, viles criminales y aun caballos, que decretaba á los príncipes los honores divinos y se reunia precipitadamente para ver danzar al emperador:

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

allí estaban la moral, la dignidad humana, todo cuanto distingue y ennoblece al hombre dolorosamente eclipsado en esa série de príncipes envenenadores como Neron, asesinos como Calígula, crueles como Tiberio, incestuosos como Augusto, sensuales como Eliogábalo, asquerosamente complacientes como el marido de Mesalina, y tantos otros que personificaron el crímen, la liviandad y la demencia: todo habíase prostituido, y como síntesis de tanta miseria, como flor de esa fétida planta, apareció en la cumbre de la sociedad la persona del emperador, de quien puede decirse, bajo el punto de vista moral religioso, social y político lo que en el último concepto decia de sí mismo Luis XIV; que el Estado era el emperador. Todo decaia: la la literatura dando la espalda al siglo de oro, se ocupaba en cantarlo desvergonzado de las costumbres, como Petronio, en bajas adulaciones, como Ectasio y Marcial, y aun los mismos Lucano y Quinto Fabio, ó en criticar amarga y coléricamente los vicios de su tiempo, como Juvenal, Tácito, Luciano, á vuelta tambien de humillantes lisonjas. No iba en menor decadencia la filosofía. Habria esta recibido un sacudimiento enérgico del Cristianismo, que levantó á sublimes alturas el entendimiento. Pero en frente de la filosofía degenerada y verdadera, que planteó la escuela Catequista de Alejandría, se levantó otra orgullosa y fanática, venida del judaismo, de Oriente y de Grecia que puso en grave peligro la obra de la razon católica. Al lado de los delirios del Gnosticismo aparece el eclectismo alejandrino, lleno de ciencia y de soberbia, que pretende moralizar y rehacer el paganismo con la teoría de los símbolos y el espiritualismo de Platon. Débil recurso y mezquina transaccion entre la antigua filosofía y la nueva verdad; error lamentable: la época de los símbolos habia pasado, desde que el cristianismo se apoderó del sentimiento religioso del mundo, y enseñándole un Dios personal, hizo olvidar las fantásticas divinidades paganas. Anmonio Saccas, Plotino, Porfirio, y despues Proclo y la bella cuanto desgraciada Hipatia, fueron contestados y vencidos por los apologistas y los primeros padres. Habíase así mismo mas que otro alguno eclipsado el ástro de la elocuencia, cómplice tambien del paganismo en esta conjuracion contra la virtud y la Religion. Sirviéronse de ella los príncipes para dar apariencias de justicia á sus iniquidades, y convirtióse en falsa acusadora de crímenes supuestos: muerto el foro por haber pasado el derecho de juz-

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

gar del pueblo á los emperadores, faltóle á la elocuencia el génio de la patria y de la libertad, y además el teatro de sus triunfos, los aplausos de la muchedumbre de nobles, de clientes de familias, de diputaciones, de municipios en aquellos tiempos en que el pueblo romano, se interesaba en la decision de la mayor parte de sus litigios, como dice Tácito (1). Entónces vino á manos de los retóricos, que la convirtieron en sofística, declamatoria y afeminada, y, pálido reflejo de la palabra de Bruto y de Ciceron, se dió á adular las grandes miserias del trono, siquiera fuera el adulado el gran Trajano y el ilustre Plinio el adulador. En vano Fronton, Quintiliano, Plinio y despues Longino, el ilustre maestro de Zenobia, se esforzaron en resucitar la elocuencia moribunda: algunos de ellos adolecian de los defectos que condenaban, y solo lograron (lo que fué ciertamente mas útil para todos) legar á las generaciones sucesivas las verdaderas reglas del arte oratorio. La elocuencia debia necesariamente desaparecer con el imperio y el paganismo, como muere la rama separada de su tronco ó el arroyo apartado de su manantial. Su voz vá estinguiéndose como un eco lejano: reanímase un poco para hacer con Prisco, Máximo, y sobre todo con Livanio, la apología del paganismo y de Juliano, y, dando un paso mas, se la vé espirar con Sinmaco, cuya voz lúgubre y doliente confunde la briosa elocuencia de San Ambrosio y de Prudencio.

Pero la elocuencia no debia desaparecer del mundo, redimido por la Religion cristiana. Habiendo pasado ésta de las capas inferiores de la sociedad á mas altas esferas, invadió, como hemos visto, el alma de los antiguos paganos, que convertidos en apologistas, recibieron del mundo antiguo el cetro de la elocuencia. Defendieron con ella heróicamente la Religion perseguida, y habiendo vencido en la primera batalla, entregaron sus nobles armas á los Padres de la Iglesia, para que terminára la lucha y recibieran los honores del triunfo. Hemos llegado, Ilmo. Sr., á la edad de oro de la elocuencia sagrada.

El siglo IV señala una de las épocas mas importantes de la historia del mundo y de la Iglesia: el Estado se hizo cristiano y la Religion de las catacumbas subió al sólio, convirtiéndose de perseguida en

(1) De causis corrup. Ag.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

dominadora. No hubo en este cambio nada de violento: hacia ya cerca de cuatro siglos que venia preparándose; y puede decirse que Constantino no hizo mas que dar la sancion legal á un hecho ya antiguo, apoyado en el derecho de Dios que habia redimido al mundo, y en el derecho humano de la conquista por la conviccion y la palabra, el mas legítimo y respetable, que puede escribirse en los códigos de los hombres. Empieza aquí para la Religion, cuya fórmula humano-divina ó sea la Iglesia, habia alcanzado su completo desarrollo, una vida, si mas brillante y majestuosa, no ménos árdua y laboriosa; como quiera que, habiendo vencido al mundo, tenia que educarlo, asimilándose todas las fuerzas morales y triunfando de la resistencia, que bien pronto le opondrian la antigua civilizacion degenerada y la salvaje independencia de los bárbaros, á cuya dura cervíz debia ajustar el yugo de sus creencias. Solo á ese precio podría lograrse la salvacion del mundo. Prepárase á ello la Iglesia, y varía desde luego su plan de ataque y de defensa. Afirma sobre sólidas bases su constitucion externa, ordena y clasifica su gerarquía, establece clara y distintamente sus centros de direccion y gobierno y se atrae á los fieles con el vínculo de la obediencia, reputando como insuficiente el lazo primitivo de la caridad, del auxilio y fraternidad espirituales, que en tiempo de las persecuciones nivelaba en cierto modo la condicion de la autoridad y de los subordinados. Señálase á cada uno su puesto, y así como empieza á destacarse la majestuosa figura del Pontificado, pronúnciase la autoridad de los obispos, que como pastores y jefes de la grei, ocupan la primera línea en la defensa de las tradiciones y de los intereses de la comunidad. Al mismo tiempo, para no sufrir el eclipse del imperio y demás sustituciones humanas, á fin de educar la imaginacion del pueblo, preocupada aún de los misterios y sacrificios paganos, se cubre con la pompa del culto, levanta templos y monumentos, adórnalos con el tributo del arte y de la naturaleza, reviste de cierta opulencia á sus grandes dignatarios, y espiritualizando la materia, procura que asome á su semblante la majestad divina que la sustenta y anima. Pero no cambia ni mejora mas que los accidentes: sus medios y sus armas son como siempre la conviccion, la palabra y el ejemplo. De aquí el vuelo portentoso de la oratoria sagrada y el grado de perfeccion que alcanza en esta época memorable. Todo en efecto le era propicio. Ejercitában-

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

se en ella únicamente los obispos, que en los siglos IV y V eran como la aristocracia de la sociedad naciente, honrados con buena parte de la autoridad civil á causa de su saber y virtudes. No podia venir de mas alto la palabra del predicador, que se presentaba á su auditorio adornado de la triple corona de la autoridad, de la sabiduría y de la santidad, probada frecuentemente con el martirio. Por otra parte, las circunstancias demandaban el auxilio del arte. El auditorio, sobre todo en la Iglesia griega, se componia de los descendientes de aquellos helenos, de tan refinado gusto y delicado oido, que silbaban al mismo Demóstenes por una falta de pronunciacion, de aquel pueblo enamorado de la belleza de las formas y artístico hasta la médula de los huesos: además, el paganismo moribundo y las nacientes herejías dogmáticas se servian de la literatura para atacar la Religion, de lo que son buena prueba los discursos de Libanio, de Simmaco y la elocuencia de Arrio, que difundió además en verso el veneno de su herejía: ¿ni cómo prescindirian de las formas artísticas aquellos santos oradores griegos como sus oyentes, educados algunos en el paganismo, y todos en esa especie de idolatría de lo bello, conociendo sobre todo la disposicion de aquel pueblo, que acudia en número de cien mil personas (1) á escuchar y aplaudir ruidosamente al Crisóstomo, no obstante las enérgicas protestas de desagrado del insigne predicador? ¿Ni cómo las grandes almas de *boca de oro*, de San Basilio, del Nazianceno, de San Agustin y de San Ambrosio dejarian de sentirse hondamente conmovidas por la sublimidad del Evangelio? ¿Qué fuego no encenderia en la imaginacion de ellos el lirismo de los Profetas, la lucha con las herejías, la manía teológica (2) de los emperadores de Oriente, la débil fé de los pueblos, lo pagano de las costumbres, los gritos de muerte de los germanos y la desolacion y ruinas que acompañaban á estos ministros de la providencia? La época era verdaderamente crítica y todo hasta la misma Religion, parecia participar de cierto vaiven é instabilidad, que acongojaban el corazon. De ahí el movimiento y fuerte colorido de aquellas homilías y oraciones fúnebres, que resonaban en las primeras basílicas cristianas; de ahí tambien lo dramático de las pinturas, lo entrecortado y elocuente del sentimiento, el tinte de sombría grave-

(1) Homilía 59.
(2) De Maistre, Du Pap.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

dad, que en todo domina, y los gritos de entusiasmo, de dolor, de indignacion y de penitencia. San Juan Crisóstomo se despide de su pueblo con el sublime patético de San Ignacio y de San Pablo; lamenta San Ambrosio el sacrilegio de su Iglesia, invadida por los Arrianos; muere San Agustin durante el asedio de su querida Hipona; San Gerónimo (1) y Salviano llevan, como Jeremías, el luto del universo, y San Gregorio, el último de estos grandes oradores, habla así á la ciudad de Roma, asediada por los lombardos: «No os reunais mas para oirme: mi corazon se halla traspasado de dolor. No vemos alrededor nuestro, mas que el cuchillo y la muerte.... nó, no os volveré á hablar: mi voz se apaga, y únicamente puede exhalar suspiros; mis ojos están cubiertos de lágrimas, y mi alma parece salirse del pecho llena de pena y amargura (2).» La majestad que respiraba la palabra de los Padres, es solo comparable al triunfo de la Iglesia y á la estruendosa caida del mundo antiguo: ¿Qué puede compararse en este concepto con la palabra de San Leon y del Crisóstomo? ¿Y qué diremos de la fuerza y soberana energía de la elocuencia de los Padres? Mientras San Atanasio, una de las mayores figuras de la historia, lucha solo y con indomable valor con el arrianismo, acompañado de San Hilario, el héroe en Occidente de la Santa Fé de Nicea; mientras San Cirilo y San Agustin abruman las herejías bajo el peso de sus doctas plumas; el Crisóstomo, los dos Gregorios, San Basilio, y tambien desde su púlpito el admirable obispo de Hipona, emprenden la reforma de la sociedad á fuerza de virtud y de elocuencia: las homilías, los sermones morales, los panegíricos brotan á todas horas de sus labios inspirados, y al paso que esponen en ellos los mas hondos misterios, presentan el código de la moral evangélica, como base de la vida cristiana: declaran guerra á muerte y sin tregua á los vicios y á las pasiones de aquella sociedad, pasando el nivel sobre las cabezas de los grandes y de los emperadores: así truena el Crisóstomo contra Eudosia, tratan á Constancio como á súbdito, Osio y San Hilario de Poitiers, y el obispo de Milan, el hombre de los hechos sublimes, hunde en la ceniza del penitente la frente coronada de Teodosio. ¡Oh! ¡cuánta grandeza! Aquí si que podemos decir con Lamar-

---

(1) Véase la oracion fúnebre de Nepociano, y en otro lugar: Totins orbis mortem plango, romanus orbis ruit.

(2) Cit. por Bravo y Tudela.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

tine, que de todos los puestos que puede ocupar el hombre de génio, el mas digno y levantado es el púlpito, esa tribuna de las almas (1). Yo creo que nada hay en el órden moral mas sublime y grandioso, que la elocuencia de los Padres dominando, humillando ante sus púlpitos la sociedad mas hetereójenea, mas revuelta y monstruosa que presenta la historia. ¿Dónde se ha visto semejante prodigio de fuerza moral y de persuasion? ¿Cuándo ha sido mas eficaz y poderosa la palabra humana? ¿Conoceis figura mas grande que San Juan Crisóstomo ó San Agustin en la cátedra del Espíritu Santo? En el corazon de Alejandría, de Antioquía, de Milan, de Roma ó de Constantinopla, último refugio y baluarte de la civilizacion greco-romana, allí donde el paganismo en el postrer esfuerzo de su vida se rodea de la belleza para morir graciosa y noblemente, como los gladiadores del circo, preséntanse unos hombres de vida oscura y penitente, y ocupan sin la vénia del pueblo, ni de los magistrados, la tribuna de Esquines y de Demóstenes, de Hortensio y de Marco Tulio. Pálidos y macilentos, mas que por el estudio, por la oracion y por la penitencia (2), dirígense á un auditorio compuesto de príncipes, de pueblo, de filósofos, de idólatras y de cristianos, y sin insinuaciones ni lisonjas, antes bien con una franqueza y desenfado, que deja atrás á los de Demóstenes, enseñan verdades inauditas, descorren los velos que ocultan el vicio y el egoismo, convencen, ruegan, amenazan y anonadan bajo el peso del anatema y del remordimiento. Fijos sus ojos en el cielo, nada los detiene ni amedrenta; el rayo de su palabra nada respeta, y cae lo mismo sobre el soberbio palacio que en la choza humilde y miserable. Es mas, ellos son los oradores del pueblo, entre el cual se reclutan y cuyo voto los eleva á la cúspide del sacerdocio: son abogados de la pobreza (3) y de todas las miserias humanas; la palabra de ellos hiere el corazon de los soberbios y poderosos y alienta el de todos los desgraciados. El amor y la admiracion que provocan, llena el pecho y la fantasía, así de los fieles como de Atila y de Geuserico: síguele por doquiera, como á San Atanasio, al Crisóstomo y San Cipriano, el amor mas entusiasta ó el ódio mas insensato,

---

(1) Biografía de Bossuet.
(2) Tal era el simpático aspecto de S. Basilio, que contrastaba con su enérgica elecuencia.
(3) S. Crisóstomo defiende calorosamente á Eutropio, enemigo que habia sido de la Iglesia en el poder. A S. Basilio, se le llamó el predicador de la limosna.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

nunca la fría indiferencia; mas cuando llega el momento de la prueba, cuando el despotismo de Juliano, de Constancio ó de los Constantinos intenta sellar sus lábios, «¡Oh! nó, eso nó, *non possumus* (1) exclama, como los apóstoles: debemos obedecer mas á Dios que á los hombres;» y no transigen, ni se doblegan ante Filipo, como Esquines, ni adulan bajamente á César triunfante, como el terrible enemigo de M. Antonio. Sócrates de mas noble estirpe, mueren hablando de la inmortalidad, y para ellos el púlpito ó el cadalso son siempre el trono de la elocuencia. Tal fué la grandiosa mision y obra de los Padres, considerados bajo el punto de vista de la elocuencia. No siendo nuestro propósito estudiar la influencia de ellos en mas vasta esfera, nos referimos á otro linaje de trabajos, y muy señaladamente al *Estudio sobre la elocuencia sagrada* del Sr. Muñoz y Garnica, en que con una profundidad y belleza de formas, que abonan sobre manera á su autor, presenta perfectamente delineada la colosal figura histórica de estos filósofos del cristianismo.

Las diferentes formas que afectan la elocuencia, dice Timon, son como otros tantos rayos que convergen, para iluminarla, hácia la elocuencia parlamentaria (2). De esta manera este ilustre crítico, enamorado de la elocuencia política, levanta la tribuna sobre el púlpito. Error lamentable, Ilmo. Señor, y que no puede sostenerse en el órden literario, si se tiene en cuenta que los tipos paganos de la belleza y de la virtud fueron grandemente rectificados por el Cristianismo. Antes de este el egoismo era el centro de la vida, que en el órden social estaba representado por el Estado, ó la patria, torpe y menguada divinidad, cuyo culto se fundaba en el ódio mútuo de los pueblos. Mas poniendo el Cristianismo en su lugar, una patria comun, en cuya demanda vamos, apenados peregrinos, todos los hombres, estableció la vida sobre la base del amor, y devolviendo al alma su temple cristiano, mostróle como objeto de sus deseos, en vez de los bienes de un dia, la riqueza de la eternidad. He ahí un horizonte que jamás pudo abrirse á la elocuencia antigua, necesariamente política ó forense (3): ¿qué valen los intereses de Grecia ó de Roma al lado de

---

(1) Acta apost., c. 4.°
(2) Lib. de los orad.
(3) La oratoria religiosa no se conoció en el paganismo. Faltábanle á éste todas las cualidades, que como institucion y como doctrina debe tener la religion para ser asunto de la elocuencia.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

los de el humano linage? ¿Será acaso Satanás enemigo menos terrible de los hombres que Filipo ó que Catilina? ¿Es por ventura mas laudable fin hacer del hombre un valiente ciudadano, que convertirlo en cristiano, es decir, en ejemplar de las mas puras virtudes y ciudadano de toda la tierra? ¿y es, por último, mas noble el ejercicio de la palabra cuando se emplea en concitar las pasiones sangrientas, siquiera sean generosas, de la guerra, que cuando con ella se promueven los dulces afectos de la mansedumbre, de la justicia y de la paz?... Yo contemplo, Ilmo. Sr., con entusiasmo en la historia de la tribuna, desde Pericles hasta Palmerston, Tiers, Olózaga, Nocedal y Gonzalez Brabo el poder y belleza del talento y del arte; pero veo tambien palidecer ese esplendor ante la ráfaga de fuego que han dejado en la historia la cadena de oradores, que se estiende desde San Pablo hasta Lacordaire: en aquellos se manifiesta la grandeza del hombre, pero en estos se ostenta la grandeza del hombre aumentada con la grandeza de Dios.

¿Se dirá acaso que la Religion no es el mejor asunto de la elocuencia? Lo mismo se ha dicho de esta con relacion á la poesía, cosa bien extraña, existiendo en otras literaturas italiana y española (1). Si esto se afirma de la materia de la oratoria sagrada, es ininteligible á fuerza de ser absurdo; y si de la forma se digere, responderemos que la retórica no es la elocuencia; que Demóstenes, no obstante, el olor á aceite de sus arengas, no habria sido tan grande, si hubiera imitado á Ysócrates, y que Ciceron acaso aparecería mas completo orador á nuestros ojos, sino hubieran dado tanto en sus discursos la mano de sus libertos. Los padres improvisaban generalmente, y aunque muchos escribieron de retórica, se vé á veces en ellos cierta agradable negligencia, que, sin quitarles nada de su belleza, inclina á creer que no buscaban el aplauso de su auditorio: huyeron tanto el amaneramiento como el olvido ó abandono de las reglas (2); y algunos de ellos, como el Crisóstomo y San Basilio, han sido clasificados al lado de los modelos griegos y romanos (3). Pero no subamos tan alto: si alguien se atreviera á negar lo que de la elocuencia sa-

---

(1) Lamartine ha pretendido con escasa fortuna en su biografía de Milton, destruir las razones que alega Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo* en pró de la poesía cristiana.
(2) Guillon Bibliot. de
(3) S. Agust. de Doct. Crist.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

grada vamos diciendo, bastaría para confundirlo abrir un sermon de Fr. Luis de Granada, de Masillon ó una oracion fúnebre de Bossuet. Ciertamente no se verá en ellos abatida la dignidad humana, como en la arenga por la corona, en las filípicas, en las bérrinas y en las catilinarias, ni tampoco los sarcasmos, la ira, imprecaciones y arrebatos del gran Mirabeau; sentiremos si el alma levantada á los cielos en alas del amor ó por los terrores de un castigo eterno y sobradamente merecido.

Pero vengamos á los efectos, Ilmo. Sr., la historia nos enseña que solo las lecciones de la Religion han sido fecundas. Tan pequeño y tan grande es el hombre, tan miserable á la vez que de tan alta nobleza, que no logra establecer y difundir en el mundo ninguna doctrina propia de él, y al mismo tiempo solo Dios puede ser su maestro: nada de justo y de racional pudieron sembrar en el corazon del hombre los filósofos griegos y romanos (1), y la Grecia pagó con la cicuta el hallazgo de la verdad mas fecunda de la filosofía antigua: ¿de qué sirvieron á Roma el suicidio de Caton y el fanatismo de Bruto, que castigan severamente nuestros códigos penales? ¿Qué influencia alcanzaron, para no citar sino la mas noble escuela, Cebes, Epipteto, Séneca y Marco Aurelio? Lo propio aconteció á la elocuencia. No pudo evitar en Grecia la desgracia y esclavitud de la patria, ni fué parte á impedir en Roma, ¿qué digo, impedir? Ella fué la causa de la muerte de los grandes ciudadanos, de las proscripciones y matanzas que acompañaron las agonías de la república, y ella tambien vino á dorar en boca de Ciceron las cadenas del despotismo (2). Por lo que hace á Francia, puede decirse, que la elocuencia mas bien iba detrás que delante de la revolucion: podian mas que ella el delirio y la guillotina. Mirabeau dominó un instante, mas que á fuerza de génio, porque siguió la direccion del torrente, que sino hubiera muerto cuando planteaba la resistencia, habria subido al patíbulo, como subieron Danton, Verniaugd y los girondinos. ¿Y qué diremos de nuestros parlamentos? Parece que en ellos la elocuencia lo llena todo, y sin embargo, no sirve generalmente mas que para alarde de talento ó de facundia de la ambicion. Dolor causa el decirlo; pero acaso hemos

---

(4) Perrone. De Vera Relig.

(1) Nihil est tan inhumanum quam eloquentiam á natura ad salutem et conservationem daam, ad bonorum pestem pernicienque convertere. Cic. de Orat.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

llegado á punto de que, prostituida la tribuna, sirve mas para estraviar y perder los pueblos, que para ilustrarlos y labrar su felicidad: el sofisma ocupa el lugar de la razon, y la palabra, de ordinario, hipócrita y bellaca, se estrella contra el hielo del egoismo, si por maravilla llega á ser eco de la sinceridad y del patriotismo (1). Comparad ahora el éxito, la mas eficaz de las pruebas, de la elocuencia política con los triunfos de la sagrada; el mundo evangelizado, convertido, amoldado á la mas severa disciplina; la llama del amor serena é inestinguible alumbrando los senderos de la vida; la barbarie vencida; la ignorancia disipada, y la civilizacion europea, honra de la humanidad, abriéndose paso en alas de la palabra de los misioneros por todas las regiones donde habiten séres capaces de comprenderla y recibirla.

Si los Santos Padres elevaron á su mayor grado de perfeccion este género de elocuencia, es evidente que son los maestros de ella. Confesamos que no deja de presentar escollos al orador el revestir las verdades divinas con las formas de la palabra humana: no basta á veces el talento, ni el convencimiento para conservar íntegro el criterio oratorio, y no dejarse arrastrar de la seductora imitacion de ejemplos, no siempre sanos y convenientes. De ahí la necesidad de formarse en la turquesa de los Padres, segunda fuente de la oratoria cristiana, segun S. Gerónimo (2) ellos son maestros de la ciencia, de la moral y de la elocuencia (3), que derramaron cual celestial rocío en el campo de la Iglesia (4). Tome cada cual por modelo, siguiendo el consejo de San Francisco de Sales, el Santo Padre, cuyo carácter oratorio le sea mas simpático y mas se adapte á su natural; pues de todos los géneros son estos oradores ejemplos insignes. ¿Se desea quizá la vehemencia de Demóstenes? Modelos son de ella San Basilio entre los griegos, y entre los latinos Tertuliano y San Cipriano. ¿Agradan acaso mas lo tierno y lo patético? Ahí estan San Agustin, que al decir de Fenelon, es á la vez popular y sublime, que expresa los mas

---

(1) En esta comedia parlamentaria todos los papeles estan ya convenidos y distribuidos de ante mano, y el apuntador se halla en su puesto. Consta anticipadamente quién saldrá á la escena, lo que se dirá, lo que será omitido, eludido y hasta decidido. Conviénese de una y otra parte en las palabras que se han de decir, anotados estan los votos, y hecho el escrutinio por los empresarios, mucho antes que resuenen en la urna las bolas y caiga el telon. Timon, lib. de los orad.

(2) Post escripturas sacras. Doctorum hominum tractatus lege. epist ad turiam.

(3) Audisio Ibid.

(4) Adversus Jull. S. Agust.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

altos conceptos con espresiones familiares, y cuya predicacion parece un diálogo entre él y su auditorio: con el estudio del grande obispo de Hipona, se formó el no menos grande obispo de Meaux, que decia de su maestro; cuando se lee á San Agustin, de tal manera arrebatan y trasportan al alma la grandeza, órden y profundidad de los pensamientos, que apenas nos fijamos en las palabras. ¿Se busca la delicadeza, la elegancia y las dulces emociones de la piedad? leed á San Bernardo, ese prodigio de su tiempo, que trata con suavísima uncion los mas grandes y terribles asuntos de la fé, y cuyo vuelo nunca se abate ni embaraza ¿Se echan de menos las galas de la diccion?; las dará en abundancia San Ambrosio, que conquistó con el sentimiento estético el alma de San Agustin. ¿Se quieren admirar los misterios del cristianismo, expuestos en estilo Ciceroniano?; léase á San Leon, en quien parece resucitar el siglo de oro de Augusto. Y si agrada mas la sencillez de los pensamientos, el tono familiar, tierna franqueza, que parece el génio del hogar doméstico inspirado por la Religion; estudiad á San Paulino de Nola, el poeta y orador del pueblo, el de la piedad gemebunda, como le llama San Agustin. ¿Se busca lo sublime del patético, lo elegiaco del estilo, lo espantoso y terrible reproducido por la fantasía y estremeciendo las profundidades del alma?; recorred los escritos de San Efren, y sobre todos, su sermon del juicio final. Y si hay mente para concebirlo y comprenderlo, todo, corazon tierno, encendido y de incontrastable firmeza, imaginacion para engrandecer lo visible y bosquejar lo invisible y eterno; si hay temple de alma para reflejar la magestad y la grandeza, y hácia estas se siente atraido el espíritu, como atrae y fascina el abismo; si la palabra es la vibracion del alma y el gemido ó el himno del corazon; si con ella nos transfiguramos y hacemos latir á nuestro antojo el corazon de nuestros semejantes, entónces acudamos al Crisóstomo, abismémonos en su estudio, y, no obstante todo esto, sentiremos la superioridad del primer orador del cristianismo.

Llegamos á una época, Ilmo. Sr., en que la elocuencia sagrada se muestra á nuestros ojos, si menos visible y brillante por la pérdida de documentos, no por eso menos eficaz y poderosa. En San Gregorio el grande y San Isidoro de Sevilla, espira la série admirable de oradores cristianos, producto del felíz consorcio entre la Religion y el arte, la cual vuelve á parecer con la escuela mística española en el

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

siglo décimo sexto. Pero la elocuencia religiosa no se pierde durante la edad media, sino que se oculta y cambia de forma para redoblar su eficacia, á la manera de esos rios, que se hunden en las entrañas de la tierra para fecundarla mas, tornando luego á la superficie con igual brío y majestad. En efecto, nunca como en estos siglos de secreta elaboracion y extraña fisonomía, necesitó la Iglesia de su fuerza sobrenatural, ni por consiguiente de mayor actividad y fuerza su palabra: todo debia abarcarlo ella, todo debia serlo ella, sopena de que se perdiera todo irremisiblemente (1): ¿Quién podrá dudarlo? ¿Cuándo ha sido mas palpable la influencia de Dios en la historia que en esa época de ruinas y de gérmenes, de desesperacion y de esperanza, de auroras y de ocasos, en ese caos que solo pudo vivificar el *flat* poderoso del Eterno? La Iglesia abrió entonces su vasto seno á la sociedad, la cual lo desgarró al desgarrarse sus entrañas con el hierro de los bárbaros. Chocáronse allí y relucharon con infinita saña los germanos, que nada sabian y los descendientes del pueblo rey, que todo lo habian olvidado, venciendo forzosamente los hijos robustos de las Selvas á los hijos afeminados de la vieja prostitucion. A la primera embestida, la columna de la verdad (2) que sostenia el edificio, combatido del rayo, se dobló, mas sin romperse. Todo caía con estruendo. Alaria, Jeuserico, Atila ponen su mano en Roma, santuario del mundo pagano; pero ya el Cristianismo les habia enviado sus misioneros, y viólos en solemne procesion hácia el Capitolio, cubiertos con la púrpnra de los reyes (3). Súbitamente los bárbaros afectan en el trono con Odoacro, y Teodorico una majestad, que avergonzaba la de los príncipes del bajo imperio, y doblando Clodoveo su cervíz ante San Remigio y Recaredo, ante San Isidoro, preparan el imperio de Cárlo-Magno, hijo enteramente de la Cruz; pero que á diferencia de las monarquías paganas, se destoca y se arrodilla ante un poder mas alto, que sentado en el trono de los Augustos, todo lo domina y avasalla, sin otras armas que la oracion y la palabra. Difícilmente se percibe entre el estruendo y las ruinas la voz del predicador; pero sin embargo, está allí, al pié quizá de su púlpi-

---

(1) La espada no habria sacado jamás al mundo germánico de la barbárie, si la Iglesia no hubiera roto ese poder material, y no hubiera hasta cierto punto dado al espíritu mas luz, mas aire y mas espacio. Alzog. Hist. Ecca.

(2) Ecclesia columna et firmamentum veritatis, 1 Tim.

(3) Orosius, Historiar. 7. Hymnis Deo Romanis Barbarisque concinentibus, canitur.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

to destruido y de sus altares incendiados, dirigiendo calladamente el corazon de los bárbaros, palabras mas agudas y poderosas que la espada del romano. Pero en tanto que los descendientes de San Agustin en Inglaterra, de San Bonifacio y de San Columbano en Alemania, de Gall en Suiza, de Willibrord en la Trisia y de Ludgero en el Norte de Europa, enviados del Papa, jefe ya de todos los misioneros, recobraban para la fé sus primeras conquistas; el brutal islanismo, estimulado por los sombríos ardores de la imaginacion oriental, se arroja sobre Europa, y pone en tela de juicio la obra laboriosa de la Iglesia. Amóldase ésta á las circunstancias para luchar y conseguir el triunfo, cúbrese con el yelmo del guerrero y acepta las formas feudales, mientras legisla al mundo desde sus concilios, y robustece con su palabra el brazo de los defensores de la Religion y de la sociedad. Sábio pedagogo del mundo, forma el corazon de éste para disponerlo á la ciencia; y al llegar el siglo XIII desarrolla San Buenaventura la mística, esa teología del alma, la imaginacion exaltada por la fé levanta catedrales y basílicas, y el génio de la humanidad, personificada en Dante y su santo Tomás de Aquino, arroja en son de reto á las generaciones venideras la *Divina Comedia y la Suma teológica*, como muestra del temple y poderío que le habia dado el Cristianismo. Devastada por los bárbaros la Iglesia de Africa, evaporándose en argucias miserables, falta de sábia y de vigor la de Oriente, y separada bien pronto de la Católica, reconcentróse la vida en el corazon de Europa al calor del trono y del Pontificado; y se elaboró allí lenta, pero seguramente, la futura civilizacion. Sospechóse á poco que el movimiento progresivo era demasiado lento, que el feudalismo pesaba, como la losa del sepúlcro, sobre la Sociedad, que la luz no se abrió paso franco entre las tinieblas, que la masa permanecía demasiado informe y que algunas de estas deformidades habian alcanzado á la Iglesia; y entonces el Pontificado, atalaya de la civilizacion y guia y tutor de los pueblos, se sirvió del profundo sentimiento religioso de Europa, y desatando sobre ella los diques de la elocuencia cristiana, la levantó como un solo hombre contra el Oriente. Un pensamiento gigante, político, social y religioso entrañaba la audaz empresa, cuya enseña fué la Cruz, su lema el grito de *Dios lo quiere*, y su objeto visible conquistar el sepúlcro de Jesucristo.

Entre tanto España, que habia dado al mundo romano Césares,

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

poetas, filósofos y guerreros eminentes, terciaba en la contienda en que venia empeñado el mundo; y mientras, valuarte de Europa, le enseñaba á triunfar de la media luna, marchaba á la cabeza de las naciones en el cultivo de las ciencias y de la fé. El ejemplo del grande Osio, émulo de San Atanasio y de San Hilario de Poitiers en la defensa del dogma, elocuentísimo censor de Constancio y enemigo del arrianismo, era imitado en todas las Iglesias (1), descollando entre ellas las escuelas cristianas de Sevilla y de Córdova. San Leandro, el elocuente apologista del tercer concilio de Toledo, de palabra dulce, ingenio clarísimo, virtud acrisolada, cuya sabiduría y apostólico celo convirtieron á los godos al seno de la Iglesia (2), es el padre de esa familia ilustre de sábios, conque honraron el catolicismo las sillas de Toledo y de Sevilla, San Fulgencio, San Ildefonso, San Julian, oradores, teólogos y poetas algunos de ellos, sostenian en este rincon de Europa el imperio de la Religion y del saber por medio de la elocuencia; pero el que se eleva sobre todos hasta llegar á ser uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia es el inmortal San Isidoro de Sevilla. Dióle Dios corazon de apóstol y elocuencia de profeta: por su saber puede reputarse como el pasmo de su siglo; y si careciera la Iglesia española de otros varones insignes, bastaría éste solo para honrarla y sostener su gloria la mas santa é ilustrada de aquella época, en que ya empezaba la decadencia. No brilló menos en el siglo IX la Iglesia mozárabe de Córdova, combatida cruelmente por Abderrahman y su hijo Muhamad. Alvaro, el abad Sanson y otros, la ilustraron con sus escritos; pero á todos aventaja San Eulogio, el hombre mas grande de su siglo (3). Historiador apologista, mártir, sábio eminente y sobre todo predicador elocuentísimo é incansable, recuerda por su celo, saber y elocuencia los grandes apologistas de los primeros siglos (4).

Ilmo. Señor, imposible es, al hacer la apología de la elocuencia cristiana, no detenerse en las cruzadas. ¡Qué sublime espectáculo! Magnífico complemento y remate de la obra de la Iglesia! Ella que habia formado con sus manos la sociedad europea, le anuncia que ha

---

(1) S. Isidoro de viris illustribus. Amador de los Rios, Hist. crit. de la literat. esp.
(2) S. Isidoro ibid.
(3) Lafuente. Hist. Ecca.
(4) Baronio. Aun. 850. Omniaque ejusmodi ita scripta sunt, ut in pyxide E. S. calamum intixine S. Eulogius videatur.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

salido de la infancia y le invita á que ensaye su virilidad en una lucha titánica, para que adquiriendo la conciencia de sí misma, se lance á mejorar su condicion intelectual, moral y política. Pero ¡de qué manera! Hé aquí el mas vasto teatro de la elocuencia al aire libre, en la cual el orador tiene los cielos por dosél, la inmensa llanura por tribuna, un pueblo inmenso por auditorio, y por eso las aclamaciones universales de la muchedumbre, semejantes á los rugidos de la tempestad y al estruendo de las olas en las arenas y playas del Océano (1). «Jamás, dice Timon, hablando de O'conell, en ningun siglo, ni en ningun país, hombre alguno adquirió sobre su nacion un dominio tan soberano y absoluto» ¡Oh! sí, lo hubo. Ese siglo, fué el undécimo, y ese país la Europa, y como ese hombre, y mas que él, fueron Pedro el Ermitaño, Urbano II, San Bernardo y Koulques. Nada hay comparable á este triunfo de la palabra humana. El auditorio era el pueblo, ó mejor dicho todos los pueblos, y con él confundidos los reyes, los príncipes, los señores, los obispos, el clero, es decir, lo mas heterogéneo y discordante que puede imaginarse; y sin embargo, el conjunto monstruoso de tantos intereses, separados por la mayor desigualdad social, se funden y depuran en el crisol del sentimiento religioso al calor de la palabra de extraños oradores. No se trata de que un pueblo soberano perdone á un delincuente, ó declare el peligro de la patria, ó saque de su escarcela el óbolo de la indigencia, trátase de abandonar el hogar doméstico, la familia, la hacienda y de emprender, en demanda de una muerte casi segura, penosismo y mortal viaje: nada hay tampoco de lucrativo ni estimulante en el término de la jornada, sino volver, tras horribles padecimientos, orgullosos de haber reñido los combates del Señor y adorado su sepúlcro; sin embargo, se precipitan como el torrente en pos de reyes y magnates á inscribirse en la bandera de la Cruz. Para que todo sea aquí prodigioso, el orador, que por vez primera, conmueve las entrañas de Europa, está modelado sobre aquellos pescadores, que predicaron la locura de Cruz. Haco, de mala traza, al decir de Guillermo de Tiro, descalzo, vestido de ropa burda, desnuda la cabeza, y montado en una mula, de esta manera recorre la Europa Pedro el Ermitaño: «guerreros del demonio, esclamaba, haceos soldados de Cris-

(1) Timon. retrato de O'conell.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

to,» y con enérgicas y toscas pinceladas, con imágenes que le prestaban la grandeza de la naturaleza y de la multitud, pintaba los sufrimientos de los peregrinos y la vergonzosa esclavitud del sepúlcro de Dios. Era el orador del pueblo, pobre como él, como él sufrido y penitente; hablábale un lenguaje en que rebosaban el sentimiento y entusiasmo religiosos. Su palabra hallaba fácilmente éco en aquellos pechos sencillos, donde la Religion, que enseña á comprender y á sentir todo lo grande, habia puesto la semilla del heroismo. El triunfo de la elocuencia era aquí el triunfo de la Religion.

Pero la fecundidad y abundancia de esta elocuencia corrian parejas con la abundancia de sentimiento y fecundidad de corazon de Europa. Un horrible desastre no fué parte á impedir la segunda cruzada, largamente premiada con la conquista de Jerusalen. Sin embargo, la angustiosa situacion de los cristianos en Oriente pedia otro esfuerzo de sus hermanos; y Eugenio III encomienda la predicacion de ella á San Bernardo. Hé aquí, Ilmo. Sr., á uno de los hombres mas grandes de la historia y de los primeros oradores del Cristianismo: difícilmente se hallará un personaje mas simpático y admirable. ¡Qué precocidad en la virtud y en la ciencia!, ¡qué imperio sobre sí mismo! ¡qué pureza y trasparencia de alma, que esparcía en su persona la belleza del ángel! ¡cuánta dulzura y caridad! y al mismo tiempo ¡qué energía, qué valor para condenar los vicios de su tiempo! Era la personificacion y el ídolo de su siglo: maestro y consejero de los papas, ardiente adversario de Abelardo y de Arnaldo de Brescia, reyes uno de la diatéctica y otro de la elocuencia tribunicia; reformador del cláustro, misionero de tan poderosa palabra, que las madres y esposas suplicaban á sus hijos y maridos, por temor de perderlos, que no fueran á oirle. Pero su gloria principal es su elocuencia. Para comprenderla, dice Godofredo de Vendoma (1), «no basta leer sus escritos: era necsario oirlo: moraba la gracia en sus lábios, y su elocuencia era tan vehemente, que ni su estilo, con ser tan elevado, podía contener tanta dulzura y fervor.» Su hermosura natural aumentábase de cierta ideal y prestigiosa manera cuando se presentaba á la muchedumbre, pálido, á causa del estudio y de la penitencia, hasta el

---

(1) Diffusa erat gratia in labiis ejus et ignitum eloquium ejus vehementer, ut non posset ne ipsius quidem stylus, licet eximius, totam illam dulcedinem, totum retinere fervorem.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

punto de tomar las vagas formas de un fantasma (1): su palabra sonora esparcía en el viento las varias emociones de su alma que resonaban como el éco en el alma de su auditorio. Era tan esquisita la delicadeza de su sentimiento y tan flexible su talento oratorio, que tomaba todos los colores y todos los tonos: cuando habla de la Vírgen, rebosan infinita ternura sus palabras, que mas bien son ayes y lamentos en la oracion fúnebre de su hermano: pero cuando en la asamblea de Vorday, al raso, rodeado del brillo de la Córte y de un inmenso concurso presidido por el rey, sube á la tribuna con su traje de cenovita, su imaginacion se exalta, ábrese su grande alma á las mas sublimes ideas, y al hablar á Francia cristiana de las guerras de la Cruz, su elocuencia toma la grandeza del drama, y lo terrible y magestuoso de las batallas, de la muerte y de la gloria.

San Bernardo es en la elocuencia, lo que San Buenaventura y San Anselmo en la literatura teológica, el lazo que une la edad de oro con el renacimiento. A partir de este atleta de los siglos medios, se precipita la decadencia de la oratoria religiosa, bajo el punto de vista del arte. Pero acaso sería mas cuerdo y atinado el decir que mas bien cambió de forma, adaptándose admirablemente á las necesidades de aquella sociedad, eminentemente religiosa. Comenzaba la Iglesia á sufrir la mas dura de las pruebas, la del poder y las riquezas. En vano pontífices como Inocencio I y Alejandro III, sin desvanecerse con el poder mas grande que han tenido los hombres, antes bien conservando bajo la tierra la humildad de siervos de los siervos de Dios, sostenian con mano fuerte el cetro del mundo, tomaban la defensa de los débiles contra los fuertes y refrenaban la incontinencia moral y política de aquellos príncipes, en quienes el esplendor de la púrpura no alcanzaba á ocultar á los hijos de las selvas (2). No bastaba para curar el mal la energía de los pontífices ni la frecuencia de los concilios; á despecho de ellos se desarrollaba en todas las clases un espíritu turbulento, innovador y caprichoso, que emprendia desatinada y locamente la reforma de las instituciones y de las leyes: los cátaros, valdenses, albigenses, beguardos, bequinas y otros no

---

(1) Vir ille bonus, longo eremi equalore et jejuniis ac palore confectus et in quandam spiritualis formæ tenuitatem redactus, prines persnadet visus quan auditus. El abate VVibald de Stavoclo.

(2) Balmes, Protest. comp. con el catol.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

menos fanáticos turbaban la sociedad con exajeraciones y delirios: el mal estaba en que se estraviaban la fantasía y corazon de aquella sociedad, toda imaginacion y sentimiento. Contra los príncipes tiranos y prelados incontinentes y simoniacos, se esgrimian las penas del derecho canónico y el rayo del Vaticano; pero, ¿cómo se atajaría el torrente de los pueblos, miserables y fanatizados por aquellos tribunos de nueva especie? ¿Quién aplicaria el cauterio á la llaga, y bajaría á combatir el mal cual corazon de la muchedumbre? Entonces aparecen las órdenes mendicantes, prueba magnífica de la fecundidad del cristianismo. Si el sentimiento religioso rayaba en la mayor exaltacion y cundía como la sávia, por las venas de la sociedad (1). San Francisco de Asis presenta un modelo de vida, que viene á ser en el órden práctico como el lirismo de la santidad. Si una torcida inteligencia de los consejos evangélicos arroja á las herejías, á la hediondez de la haraposa pobreza y al mas torpe comunismo, presentan los verdaderos reformadores el tipo de la perfeccion cristiana con los votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero á esta muda elocuencia del ejemplo y del ascetismo, unió Santo Domingo de Guzman el ministerio de la palabra, á la que torna á encomendársele la mision de reformar el mundo. Ella sola podia conseguirlo, y ella en efecto lo logró.

No parece sino que las reglas de San Francisco y de Santo Domingo no tuvieron mas objeto que realizar el tipo del orador de que andaba tan necesitado el siglo décimo tercio. A la hipocresía, que todo lo enmascaraba, era menester oponer la práctica sincera de las virtudes; á los harapos el sayal de la pobreza y el cíngulo del penitente; al rostro demacrado por la incontinencia y á los ojos brillantes de sangriento fanatismo, la palidez del ayuno, el recogimiento de la meditacion y el fuego de la caridad: era menester hallarse siempre en la brecha y dispuesto á la lid de dia, de noche, en la ciudad, en el campo y sufrir el peso del sol y el de la tempestad. Respecto al género de la elocuencia, debia ser lo que fué. Desnuda de artificio y de retórica, ¿qué habria entendido aquel pueblo de los sermones del Crisóstomo? Abundante de imágenes, que así la quiere la multitud, poco habituada á prolijos razonamientos, y sobre todo encaminada

(1) Montalembert. Vida de Sta. Isabel.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

al corazon ardiente, entrecortada por los gemidos, irregular, ora impetuosa como el torbellino, ora tranquila como el lago, reflejando; en una palabra, los colores y accidentes de las campiñas donde resonaba, y las varias impresiones y movimientos de la multitud que la oia. Tal era la elocuencia de San Francisco de Asis, alma de fuego, que no obstante su imbecilidad, puso en conflagracion Europa, y ocupa un lugar distinguido entre los bienhechores de sus semejantes. El Evangelio se difunde con los mendicantes hasta los extremos del mundo antiguo, y cuando el génio de Colon abrió las puertas del nuevo, precipitáronse en tropel, ganosos de almas y del martirio (1). Desde entonces acá, ellos y otros como ellos, igualmente castos, pobres y obedientes, ejercen el santo monopolio de las misiones, esa predicacion perpétua de un perpétuo apostalado. El mismo carácter conserva por lo general la elocuencia de esos institutos: casi todos sus grandes oradores han sido á la vez grandes santos, porque su voz partia siempre del corazon *ab inmo pectore*. De aquí los triunfos prodigiosos de San Antonio de Pádua y de San Vicente Ferrer, glorias de nuestra península, y señaladamente el segundo, apóstol de los judíos, á cuyo celo vino corta la Europa, que escuchó y vió asombrada la predicacion y los prodigios de el elocuente taumaturgo.

Pero la predicacion solemne, la que se ostenta en los púlpitos, revestida de las formas oratorias y dirigida á un auditorio de mayor cultura é ilustracion, adoleció hasta los términos del siglo décimo quinto de no pocos vicios, que deben achacarse al mal gusto de aquel tiempo, en que las formas escolásticas aprisionaban el pensamiento y en que la lucha con las herejías racionalistas de la edad media habia desarrollado extraordinariamente la razon á costa de las demás facultades del alma. «Los predicadores, dice el obispo de Beja, se contentaban con proponer sécamente sus asuntos, esplicarlos de una manera comun y fundarlos sobre algunos pasajes de la Escritura, tomada muchas veces en diversos sentidos del natural. Los asuntos eran disputados, como se disputan las cuestiones escolásticas en las aulas, y las autoridades de los filósofos y los gentiles hacian una parte de la ostentacion de los oradores.» Se abusaba lastimosamente de

---

(1) Lacordaire, Memoire pour le retab. en France de l'ord. de frer. prech.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

las verdaderas fuentes de la oratoria sagrada, introduciendo otras, que no deben pasar de meras auxiliares y se miraba mas la vanidad propia que el bien y edificacion del auditorio. Erase época de verdadera decadencia, que por desgracia se ha presentado mas de una vez en la historia, y que no desaparecería hasta tanto que, renacidas ya las letras, acudieran y se estudiaran los olvidados tipos de la belleza literaria.

Sin embargo, una causa poderosa de restauracion y mejoramiento de la elocuencia existia de muy antiguo en la historia de la ciencia cristiana, que adquirió grande importancia en la segunda mitad del siglo XV: nos referimos á la mística, que alcanzó soberana perfeccion en la *imitacion de Jesucristo*, libro sublime, nunca bastantemente admirado. Así como la escolástica dió á luz en el siglo XIII, en las obras de Santo Tomás como la síntesis y corona del trabajo de los siglos anteriores; de igual manera la mística, hermana gemela de aquella, produjo el portento de Tomás Kempis, á tiempo cabalmente que amenazaba la desaparicion del sentimiento cristiano que la sustenta y vivifica; parecia como la protesta anticipada contra el fanatismo y descreimiento, á que dió forma y vida la secta protestante: por otra parte era el refugio de tantas almas disgustadas de la vida, temerosas de los castigos eternos y consternadas por aquellos lúgubres temores y terribles augurios, que sobre el próximo fin del mundo habia esparcido en los ánimos la palabra inspirada y vehemente del Angel del Apocalipsis (1). Bajo el punto de vista oratorio, la mística que tiende á realizar los datos de la fé, enseña de manera positiva y por medio de una predicacion viviente: de aquí proviene el que todos los místicos, desde San Bernardo hasta Kempis, hayan sido oradores distinguidos ó escritores edificantes. Siendo así en el fondo como en la forma, elemento de la elocuencia sagrada, bastó por sí sola la mística para levantar la predicacion á la altura que alcanzó en su siglo de oro: allí donde la ventajosa lucha contra el protestantismo encendió, lejos de resfriar, el sentimiento religioso, al paso que con la polémica se reformaba la teología, convirtiendo los espíritus al estudio de las fuentes. Así aconteció en España. Imposible es no sen-

(1) «Io som l'angiolo dell' Apocalisse, che predica l' ultimo universale Gindizio,» disse il taumaturgo, rivolto á lei dal pulpito. Vita de S. Vicenzo Ferrer, por D. Vicenzo Vittoria.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

tir, Ilmo. Sr., un movimiento de legítimo orgullo al contemplar la historia de España en el siglo décimo sexto. Todo en ella era grande, como su monarquía, como el génio guerrero de Cárlos V y los pensamientos políticos de Felipe II. La grandeza del Estado se reflejaba en la Iglesia ó quizá aquél la recibia de ésta, aumentándola con el explendor de las conquistas y de la gloria. La Iglesia en efecto, derramaba por todas partes su soberano influjo. La ciencia, representada por la teología y filosofía, se levantaba como el sol sobre el horizonte de Europa: la literatura, saturada del espíritu religioso, tomaba vuelo sublime con la lérica, la dramática y aún la epopeya, y las artes levantaban monumentos de eterna y venerable memoria. Pero acaso el timbre mas glorioso de nuestra civilizacion sea la elocuencia del púlpito. Mientras en el resto de Europa se la veia afeada por los vicios, que ya hemos indicado ostentaba en España la magnificencia y perfeccion del siglo de oro. Nótase en ella cierta originalidad característica, que de todas las distingue, lo cual tambien se hecha de ver en la poesía y en las bellas artes. De ahí su cualidad esencial de mística, nacida sin duda del grande impulso que recibió la práctica de la religion con la entusiasta reforma de las órdenes religiosas y con la introduccion de otras nuevas no menos rebosantes de ardiente caridad: brillaba la santidad en los prelados, en los sacerdotes é institutos piadosos, al paso que el sentimiento religioso entraba por mucho en la manera de ser del pueblo y de la Córte. Esto respecto al fondo y al espíritu que animaba la elocuencia; que por lo que hace á la forma, las mismas condiciones de la mística, que se alimentaba mas de los afectos y de la meditacion, que del razonamiento, prestaban alas á la palabra, contribuyendo además al brillo y esplendor de esta, el grande desarrollo de la poesía y de las bellas letras y el estudio de las lenguas sábias y orientales, que favorecian las disputas religiosas. Por otra parte, la lengua nacional estaba ya formada y solo faltaba para llevarla á la perfeccion el uso sábio y concienzudo de ella: lograron esto los oradores sagrados que sin tardar mas tiempo que el necesario para vencer algunas preocupaciones que merecen disculpa, se apoderaron del idioma comun; tomaron del pueblo las imágenes fuertes, el animado colorido de su lenguaje; lo enriquecieron, y con notable felicidad estendieron un espíritu ardientemente religioso, encarnando en la oratoria los trabajos de la místi-

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

ca, que tan bien sentaba así á los pueblos del Norte por las abstracciones á que encaminaba como á los del Mediodía por la uncion fervorosa y la vivísima lumbre de sus remontados conceptos.

Detengámonos un momento á bosquejar la figura de nuestros grandes oradores. Venegas abre el camino y enseña á los oradores místicos á elegir las novísimas y fecundas ideas morales para asuntos de la predicacion, y abatiendo quizá demasiado el estilo, caracteriza desde luego la elocuencia mística, que habia de ser grandemente popular. Malon de Chaide, á juzgar por sus escritos, reviste de formas elegantes, y acaso con demasiado brillo, la severidad de las ideas: discípulo de Fr. Luis de Leon, pone la mira constantemente en el habla vulgar, que castiga y mejora cuidadoso. Estella, honra y prez del púlpito salmantino, es sóbrio, profundo, enérgico, entusiasta, ó mejor dicho, enamorado de Dios, de cuyo amor rebosan sus hermosos apóstrofes. Cuando moraliza toma la forma sentenciosa de Salomon y de Kempis, cuyo espíritu fecundaba su palabra, así como moraba la santidad en su corazon. Nieremberg, émulo de Rodriguez; Puente y Villacastin, ilustres jesuitas que enriquecieron con sus escritos la mística, fué tambien con San Francisco de Borja y el Cardenal Toledo, de los que ilustraron con su elocuencia la Religion y su órden, por tantos títulos insigne y veneranda. Lanuza, el orador mas celebrado de su tiempo, es persuasivo, abundante y, sobre todo, de una sabiduría y erudicion, que brotan espontáneamente y se derraman en sus discursos. Juan de Avila, es quizá el primero de los oradores místicos bajo el punto de vista de su génio y facultades oratorias: su celo apostólico le llevaba á visitar aquellos lugares donde habia almas que cosechar, por lo que se le ha llamado con razon el apóstol de Andalucía: su vida fué una mision tan contínua como brillante: su presencia conmovía los pueblos predisponiéndolos á la persuasion y á la penitencia, que siempre lograba su palabra poderosa. De aspecto simpático, voz penetrante, estilo sencillo ó sublime, segun era su inspiracion; pero enérgico, fervoroso y abandonado siempre á los azares y á los triunfos de la improvisacion. Pero descuella sobre todos el grande Fr. Luis de Granada, que como orador figura al lado de los primeros de la Iglesia, y como místico domina á todos y los eclipsa. A la manera de Ciceron, del Crisóstomo, de Bossuet y demás reyes de la palabra, escribe y habla de soberana manera, y se nota en sus

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

obras el calor de la elocuencia, y en sus discursos el aticismo y perfeccion suma de los grandes escritores. Su naturaleza es tan rica, que posee superabundantemente todas las dotes del orador: discurre, pinta y habla con pasmosa felicidad. Nada se nota en él de esfuerzo ni fatiga, y hasta el vuelo de su imaginacion y lirismo, que en algunos, como Bossuet, tiene algo de áspero y disonante que estremece, se halla en él moderado por esa dulzura y naturalidad de movimientos, que revelan un poderío constante y uniforme. Tanta riqueza de ideas y de imaginacion, á veces le perjudica, porque embaraza su marcha, y como que en sí misma se complace, adormeciéndole al arrullo de su palabra cadenciosa. Lo vario de su estilo se acomoda á todos los asuntos; precipítase con viveza en el diálogo, ó desarrolla magnífica y armoniosamente las dudas de su oracion; pinta con dulce pincel lo sabroso de la virtud, truena contra los vicios, y semeja el grito desesperante de los condenados, ó remontándose desde los abismos del corazon humano hasta el trono del Eterno, parece descubrir á sus oyentes con alto y majestuoso lenguaje «las entrañas de la Divinidad, la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus perfecciones: el Altísimo anda en sus discursos como anda en el Universo, dando á todas sus partes vida y explendor (1).» En suma, Granada posee el arte, número y elegancia de Ciceron, lo patético y conmovedor de San Bernardo, y la abundancia, variedad y grandeza del Crisóstomo: hasta sus mismos defectos son los defectos del orador de *boca de oro*. A semejanza de M. Julio, consiguió en su *retórica eclesiástica*, con grande juicio y sabiduría, los preceptos que deben regir la elocuencia del púlpito (2).

Tras la juventud, la vejez, en pos del cénit el ocaso. De esta manera precipitábase España desde la cumbre de la gloria en la mas prematura decadencia. Todo se eclipsaba con el ástro de la monarquía: sustituyóse á la antigua grandeza la afectacion y la vanidad, dorados accidentes que encubrian los gérmenes de muerte: teníanse por grandes, los pequeños; por sábios, los pedantes; los soberbios, por virtuosos; por teólogos, los casuistas, y por oradores, rídiculos é

---

(1) Capmany.

(2) Por aquel tiempo, y hasta muy entrado el siglo décimo sétimo, se publicaron en España muchos y muy notables trabajos sobre el mismo asunto, debidos á las plumas de Molina, Osuna, Hernandez Zárate, Rodriguez, Estella, Valdivia, Gimenez, Paton, Segovia y otros, que seria prolijo enumerar.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

hinchados retóricos. La ciencia, habia perdido su profundidad; la literatura su belleza; Gracian, Gongora y Paravicimo, fueron mas que corruptores de la prosa, de la poesía, y de la elocuencia, las primeras víctimas de la degeneracion del carácter español en esos ramos de la ciencia y de las artes. Pero habiendo decaido la ciencia y la literatura, el fondo y la forma, cayó necesariamente la elocuencia, que de entrambas se constituye. Mas pasemos rápidamente sobre tantas miserias: ¿quién no conoce y no ha leido aquel diluvio de retruécanos y de abigarrados conceptos; aquella algarabía insoportable; aquella hinchazon ridícula, cuya lectura fatiga y acongoja, objetos de la punzante sátira del P. Isla? Pocas veces la degeneraciou ha tomado formas mas abultadas. Pero acaso lo mas lamentable es que, tanto en nuestros gerundianos, como en *secento* de los italianos (1), se admira á cada paso una erudicion pasmosa en la Escritura, en los Padres y en las demás fuentes de la oratoria sagrada. ¡Cuánto trabajo malogrado! (2).

Pero gozosos de repasar nuestras antiguas glorias, decimos aquí con el S. Garnica, damos la espalda á la época de nuestra decadencia, para inclinarnos en señal de respeto, ante los inmortales monumentos del siglo de Luis XIV.

Ilmo. Sr., al traspasar los Pirineos, el génio de la civilizacion arrastró en pos de él al génio de la elocuencia. Sin incurrir en el especioso sofisma de *post hoc, ergo propter hoc*, puede asegurarse, á despecho de la soberbia de los franceses, que nuestro gran siglo literario influyó en el no menos brillante de nuestros vecinos, y por consiguiente que los modelos de elocuencia de nuestra escuela mística, sirvieron de algo mas que de estímulo á los oradores de Francia (3). Séanos lícito sentar por lo menos, levantando un poco la consideracion, que aquel grande movimiento científico puede considerarse como continuacion del que en época anterior ilustró la nacion española, alarde magnífico entrambos que la razon católica hizo de su

---

(1) Audisio, Lec. dueloc. sag.

(2) Llegó por aquollos dias á lo sumo la depravacion del gusto, si bien no tanto adquiriéndose vicios nuevos, cuanto estremándose en los antiguos. Las aprobaciones que entonces solian ponerse en los libros son monumentos singulares de un desatinar pedante, pero de ello habia ya algo en iguales obras de reinados anteriores. Rayó asímismo en escandalosa demencia la corrupcion del gusto en la oratoria sagrada, quedando de aquellos tiempos sermones que causan asombro y horror ó lástima, vicio que siguió siendo de los predicadores españoles hasta mucho despues de entrado el siglo siguiente. Dunhan, Hist. de Esp., reinado de Cárlos II.

(3) Muñoz Garmia Ibid.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

fuerza para oponerlo á la soberbia del naciente protestantismo. Si en el órden político la poderosa monarquía de Luis XIV tiene sus antecedentes en la propia historia de Francia, así como en la de Europa, no acontece lo mismo en lo que atañe y se refiere á algunos ramos del saber, y desde luego á la elocuencia sagrada: no se echa de ver en el vuelo que tomó en Francia ese lento cuanto secreto desenvolvimiento que existe á veces á través de las generaciones en las grandes obras del entendimiento. Pero no es necesario buscarlo fuera de ella misma: «la verdad es una reina, dice Bossuet, que vive en sí propia y en su luz, formando ella por lo tanto su trono, su grandeza y su felicidad: no ha solicitado auxilio de los discursos humanos, sino que afirmada por sí misma, por su autoridad suprema y su orígen celestial, ha hablado y ha querido ser creida, ha pronunciado sus oráculos y ha exigido la sujecion» (1). En efecto, basta un hombre de mente y corazon capaces de comprenderla y de sentirla para que al punto, y por desfavorables que sean las circunstancias, se manifieste con todo su explendor: así descuellan San Bernardo en la edad media; los PP. Gallo, Cádiz, Garcés en lo mas recio de nuestro cultoranismo, Sequeri, Casini, Tornielli y otros en la época del *secento* en Italia, y el insigne jesuita Guenard, Cambaceres y Bauvais durante la decadencia en Francia. La venturosa revolucion, que elevó á tanta altura la elocuencia, se verificó completamente en la vasta inteligencia de Bossuet, el primero y mas grande de aquella ilustre plévade de oradores. Aprendió la teología, la filosofía, la historia, la literatura, y llenó así de grandes ideas su entendimiento y de los tipos de la belleza su imaginacion; conmovióse su grande alma viendo el catolicismo atacado por la reforma religiosa y minado por la indiferencia (2) de los fieles; entónces entró resuelto é invencible en el parlenque, y abatió con la pluma el protestantismo y evangelizó la Francia desde su púlpito: lanzóse en pos de él una falange de apóstoles, y hé aquí como un hombre, con solo su génio y las lecciones de la antigüedad, devolvió á la palabra evangélica el brillo que habia recibido de los Santos Padres.

Tal es el orígen del prodigio que presenció el siglo décimo séti-

---

(1) Sermon sobre la divinidad de la Religion, 1.ª parte.
(2) Véase el sermon citado.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

mo, en que las mas singulares circunstancias imprimieron en la elocuencia sagrada una fisonomía especial, que conviene dar á conocer.

Si la caridad se habia amortiguado, y por consiguiente se lamentaba la perversion de las costumbres, era porque flaqueaba la fé, base del órden religioso, rudamente atacada por el protestantismo. Por otra parte, el jansenismo se servia de la hiprocresía, del talento y de la ciencia para herir traidoramente el corazon de la Iglesia, cuyas augustas autoridades hollaba con mal consejo Luis XIV, á quien se le llamó Grande, solo porque sabía ejercer su oficio de rey (1). De aquí el carácter apologético y polémico de los sermones del obispo de Meaux y de Bourdalone: encontrábase la Iglesia en Francia en situacion parecida á la en que se halló frente á frente del paganismo. Por lo que hace á la moral, no era menos grave la dolencia que se habia apoderado de los grandes y de la Córte, donde una piedad gazmoña, y por decirlo así oficial, remedaba la vacilante religiosidad de los primeros emperadores cristianos. En presencia de tamaño peligro, el sermon moral tomó en boca de estos predicadores, y señaladamente de Masillon, tan robusta entonacion, tanta energía y fuerte colorido, que sus púlpitos se revestian de la terrible majestad del Sinaí: para herir á este nuevo Goliat, encastillado en el trono, se necesitaba de la fortaleza del Crisóstomo y de San Ambrosio y del rayo de los Profetas. Siendo esto así, ¿qué faltaba á la elocuencia para llegar al apogeo de la gloria? Habia mas: aquel auditorio culto y puntillaso no aceptaba la medicina sino á trueque de administrársela en copa de oro, mucho mas componiendo buena parte de la Córte del gran rey los poetas y los literatos; diéronse en vista de esto aquellos oradores al estudio de la forma, y por eso se escuchaba con placer y se toleraban las invectivas de Bossuet, que asistia al teatro para aprender la accion y estaba familiarizado con Homero, de Masillon y de Flechier, émulos de Ciceron en la elegancia y armonía, y de Fenelon, quizá el primer literato de su siglo. Pero lo que sobre todo caracteriza aquella elocuencia y la distingue de las de otras épocas de la Iglesia, es cierta gracia, galanura y como aire aristocrático, que, sin quitarle nada de su gravedad, la hacía mas agradable y simpática: cuadraba perfectamente al ascetismo fervoroso de Gra-

(1) Cantú.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

nada y de Leon, no menos que á la córte severa de Felipe II, el cláustro, donde se meditaba, y la cogulla de la oracion y de la penitencia; mas en cuanto á los sermones de Versalles debian ser pronunciados por obispos, en quienes las huellas de las vigilias y apostólicas fatigas aparecieran veladas por la púrpura y el armiño de los pontífices, y que lanzaran el anatema á un auditorio de reyes, príncipes y magnates, á vueltas de un cumplimiento oratorio tan noble como oportuno.

¿Se dirá acaso en vista de esto, que se adulteraba con semajantes formas la elocuencia religiosa, de suyo grave y severa? Aconteció cabalmente todo lo contrario; pues vióse entonces palpablemente que la palabra divina puede acomodarse así á la inteligencia de los humildes como de los sábios y poderosos: por esto esos prelados elocuentísimos alternaban con sus discursos ejemplares las sencillas esplicaciones del Evangelio á los fieles de su diócesis, recordando aquellas palabras del Apóstol *sapientibus et insipientibus debitor sum*. Acaso otros predicadores de menos génio habrian caido en el escollo de la debilidad para reprender, y de las transacciones con el vicio, en que se estrellaron en el siglo siguiente otros mal aconsejados. Pero aquellos reunian á las dulces é insinuantes maneras del cortesano, el celo ardiente del Apóstol: vivian fuera del mundo estando en medio de la Córte, y pasaban sobre el lodo de la sociedad sin mancharse la suela de sus sandalias: parecía que estaban en el mundo solo para conocerlo á su sabor y corregirlo, á la manera que el médico estudia al lado del enfermo los medios de combatir la dolencia. Los obispos de Meaux, de Clermont y de Cambray, tenian en el fondo de sus palacios el santuario de sus meditaciones profundas, y Bourdalone se trasladaba desde su celda al púlpito, y su vida ejemplar era la mas elocuente refutacion de las *cartas provinciales*. La misma grandeza que los rodeaba engrandecia sus miras y estimulaba su caridad: ministros fieles de Jesucristo, sostenian sobre tanta gloria de las ciencias, de las artes, de la literatura, de la guerra, de la política, de la diplomacia que cobijaba la majestad de Luis XIV, sostenian decimos, en sus hombros de gigante la gloria y la majestad de la Religion. Trataban de ciencias, de historia, de política, reflejando todos los sentimientos y aficiones de un auditorio, que los juzgaba con todo linaje de criterios: Silencio, «decia el príncipe de Condé, cuando aparecia en el púlpito

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

Bourdalone, *he ahí al enemigo:*» Bossuet escribia su *Política Sagrada*, y al hablar de «Les loix abolies; la Majesté violee par des attentats juzqu' a Lors inconniris. l' usurpation et latyranie sous le nom de liberté; d' un trone indignement reuversé et miraculeusement retabli» (1), expone, como dice Lamartine, un curso de política á vuelo de águila (2). Aquellos oradores eran reyes, mas que reyes en el púlpito, porque sentian crugir á sus plantas bajo el peso de su elocuencia el trono mas eminente de la tierra. Jamás el orgullo y la soberbia recibieron mas duras lecciones: Bossuet blandía constantemente, como espada de fuego, sobre la corona de Luis XIV, este grito de David: «*et nunc reges, intelligite: erudimini qui judicatis terram,*» y el severo Bourdalone condenaba públicamente con inaudita valentía los reales adulterios. ¿Hablais del éxito? De este último predicador dice Ma.me Sevigue, que sus sermones maravillaban y estremecian á los cortesanos; levántase el auditorio de su asiento, mudo de estupor y consternado por un apóstrofe de Masillon; Bossuet convierte á Jurena, y Luis XIV confiesa que salía de estos sermones muy ¡disgustado de sí mismo, y dice á los cortesanos que se quejaban de tánta apostólica franqueza: cumplamos con nuestros deberes como ellos cumplen con los suyos.

Bossuet se ha dicho (3) es el orador de la imaginacion, Bourdalone de la razon y Masillon del corazon; pero entiéndase que alcanzaron lo sublime cada uno en su género, de que son los tipos mas acabados. No hay en la antigüedad quien aventaje al segundo (á lo sumo le iguala Ciceron) en la sábia ordenacion de las pruebas, comparada atinadamente por Quintiliano al plan de batalla de un diestro general. Él busca el éxito por la conviccion y dirige sus ataques al entendimiento para conseguir el triunfo mas difícil de la elocuencia. La inteligencia humana busca la verdad instintivamente, y este gran razonador emprende el destruir los errores y preocupaciones del hombre y disipar á fuerza de luz las tinieblas de su espíritu: ¡poder del talento!, y lo consigue: nada mas claro, sólido y seguro que su argumentacion, cuyos acerados músculos se esconden bajo un estilo lleno, elegante y animado por el celo y por la mas profunda conviccion: sus

---

(1) Exordio de la oracion fúnebre por la reina de Inglaterra.
(2) Biografía de Bossuet.
(3) Audisio Ibid.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

discursos, si se descarnan, muestran el esqueleto mas perfecto de las formas oratorias: teólogo, moralista profundo y lógico consumado, lograba lo mas difícil y grande que es dable conseguir en la moral y en la Religion, convencer á la razon con la razon misma.

Pero no es menos árduo triunfar del corazon humano: menester es poseer todas las pasiones nobles y hablar su vário lenguaje: menester es que el razonamiento pase por el corazon y allí, perdiendo su rigidez, adquiera flexibilidad y colorido: menester es que el gesto, la aptitud y sobre todo la voz recorran el diapason de las pasiones y de sus infinitos grados: tan pronto debe asomar el llanto á los ojos, tan pronto ha de cortar á la palabra el gemido, como arrojar aquellos rayos de indignacion é imitar ésta el fragor y violencia del trueno. Tal es Masillon, dulce, insinuante y patético. Como sin ser bello no se puede ser simpático, dedicábase con prodigioso talento á decorar sus sermones con el estilo mas propio, sóbrio, correcto y armonioso que ha usado orador alguno: Bourdalone triunfaba con la conviccion, Masillon con la persuasion y la belleza (1).

Pero una cosa y otra, así como cuanto de mas extraordinario es dable imaginar, se halla reunido en Bossuet: ¡gloria á la religion que ha producido este prodigio de elocuencia!: á ella esclusivamente se le debe; porque si Bossuet no hubiera sido sacerdote y predicador, como escritor y como orador, habria quedado reducido á la mitad de su talla: esta sale fuera de la medida comun: apenas puede presentarse como tipo, porque no es posible imitarlo; únicamente puede ser admirado. Es grande hasta en sus defectos, si es que los tiene verdaderamente; pues en él menos son defectos que cualidades. Se dice que ha veces decae, que desmaya; pero ¿nó se detiene un instante el águila para tomar aliento y continuar despues su prodigioso vuelo? A la manera que el Dante era llevado sobre la espalda del mónstruo, á través de los espacios del infierno, así nos arrebata en alas de su palabra este profeta de la nueva ley. Su talento era inmenso, como su

(1) Conviénese generalmente en que Masillon contribuyó muy eficazmente á la decadencia de la elocuencia, por aquello de que *corruptio optimi pessima*. En efecto en su *Petit Caréme* se muestra harto tolerante y débil con los vicios, adoptando para corregirlos el medio de la condescendencia y sustituyendo en sus sermones á los grandes asuntos de la Religion y de la moral otros de segundo órden, que tienen aire de virtudes naturales. Este grande hombre se dejó llevar demasiado de su carácter oratorio, que es la persuasion y la dulzura, y pagó sin pensarlo tributo á la influencia del protestantismo, que ya se dejaba sentir en las contemplaciones y miramientos que se guardaban, así á los errores como á los vicios.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

saber; de otra manera no habria podido encerrar en él la vasta síntesis de la ciencia humana y de la divina, de que necesitaba para ser en lo religioso el *vir dicendi peritus*. Para Bossuet, como para San Agustin, su maestro, la ciencia es tan grande y tan noble la razon, que no es tambien ni se fecundan sino en el seno de la Religion: Dios, la Iglesia ó el dogma, hé aquí el sér y su fórmula científica; el maestro y la doctrina, el Señor y la ley: elevado Bossuet al episcopado, esto es, representante de ese Señor, de ese Maestro y de ese sér, su palabra es dogmática y solemne, como la palabra divina: nadie ha enseñado, ni defendido mejor que él la Iglesia, ni nadie atacó tan terriblemente el protestantismo, enemigo de ella y, en cierto modo, enemigo personal de Bossuet. Era de corazon sencillo y puro, que sinó, no hubiera sido grande; por eso era tan sencilla, tan ardiente y entusiasta su elocuencia, é igual á su grandeza, su humildad. Era tambien de imaginacion fecunda, vasta, brillante, para reproducir, contener y adornar todas las ideas, prestándoles las formas mas grandiosas. Pero quebrantaba á veces súbita y magníficamente la armonía y proporcion de sus facultades, la cualidad que de todos le distingue, la inspiracion, ese crecimiento y como ensanche de su grande alma, que le sacaba fuera de sí, arrojándolo desde la elocuencia propiamente dicha á las regiones de la poesía: entonces, dice Dusanlt (1), no es ya el rival de Demóstenes, sinó el de Píndaro. Sospéchase de él lo que de Santo Tomás de Aquino, que sabia la Biblia de memoria, pues con tanta frecuencia, solidez y naturalidad funda en sus citas los razonamientos, y lo mismo puede decirse con respecto á los SS. PP., señaladamente San Agustin y el Crisóstomo. Sus sermones son la Biblia y la tradicion, animados, comentados admirablemente y puestas en accion por su palabra poderosa. La inspiracion lo arrebata y enciende; pero nunca lo estravía, sino que, dueño de sí mismo, sabe de dónde parte y á dónde vá, y allí llega sin fatiga por caminos ignorados de su auditorio, al que presta, como dice Lamartine, el vértigo de su prodigiosa elevacion.

Pero si tiene rivales en el sermon no los tiene en la oracion fúnebre. No fué el inventor de este género de elocuencia, que como fundado en la naturaleza del hombre, se ha usado de varias maneras en

---

(1) Notice. sur Bossuet.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

todos tiempos, y que reformó y engrandeció la Religion con la idea de la imortalidad (1). Célebres son las oraciones fúnebres pronunciadas por San Gregorio de Naziau, San Gregorio de Niza, San Ambrosio, San Gerónimo y San Bernardo, que inspiraron sin duda el génio de Bossuet. Pero este perfeccionó este género de elocuencia, dándole la sublimidad, magnificencia y explendor de que es susceptible, y presentando de ellas modelos que es imposible superar. La muerte, que solo aparece grande y fecunda á la luz que arroja sobre el sepúlcro la Religion, suministróle á Bossuet una série de pensamientos nuevos, profundos y sublimes; pero revestidos de una forma tan grandiosa, iluminados por los fulgores de su imaginacion, ora sombría como el abismo, ora explendorosa como la gloria, expresados con tanta fuerza, con entonacion tan majestuosa y solemne, que conmovia las entrañas de su auditorio, colocado entre la nada de un cadáver y la eternidad, que retumbaba en las oraciones del grande orador. Nadie acertó á imitar, mejor dicho, á asimilarse y pernosificar, como Bossuet, la elocuencia de los SS. PP. y las de los Profetas. Parece que en este género la Religion como que agotó su fecundidad al producir á este predicador sublime.

Ilmo. Sr.: Con sentimiento abandono el juicio crítico de esta época de la oratoria sagrada. Mucho tiempo transcurrió hasta que ésta, adaptando nueva forma, apareció digna de alabanza y de estudio. Entretanto, la crítica se ve obligada á lamentar la decadencia en que cayó durante buena parte del siglo décimo sétimo y décimo octavo, debida á que la fé habíase estinguido en unos y resfriado notablemente en la mayor parte. No se acudia al templo para escuchar verdades de muy antiguo creidas y respetadas, sino llevados de la curiosidad: oíase la palabra del Evangelio, como si se tratára de un discurso académico. La elocuencia del púlpito perdió la forma sencilla y aun vulgar, que dá fuerza y majestad al pensamiento, así como tambien la erudicion y el espíritu de la Escritura, de los SS. PP. y de los actos de los mártires. Tornáronse los predicadores, de pontífices que eran antes, en literatos; y era menester acudir á la predicacion de los misioneros, separada de la influencia del siglo,

---

(1) Artemisa hacía resonar todos los años el elogio de su esposo Mansolo sobre la tumba de éste. Los héroes de Salamina, Platea y Maraton, eran tambien alabados por los griegos. Solon, Pericles, Valerio publícola; Ciceron, Plinio y otros, pronunciaron elocuentes alabanzas fúnebres.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

para encontrar el verdadero carácter de la elocuencia sagrada (1). El mismo sacerdocio parecia pedir gracia á la filosofía, cuando hablaba en nombre de la Religion, imaginándose prestar á ésta mayor auxilio, velándola con el símbolo de un amor débil y complaciente, y cubriéndola con la máscara de la filantropía (2). Confundióse todo, y todo se corrompió: no pudiendo santificarse la filosofía, intentóse secularizar la Religion. Echóse mano para sustituir la antigua y magnífica forma de los grandes maestros, del filosofismo, del mal gusto, de la jerga metafísica y de la manía de reducir la moral á la beneficencia. Empeñábanse en tratar filósoficamente los asuntos cristianos, y cristianamente los temas filosóficos: no se oía hablar en el púlpito de los novísimos, ni de la conversion del pecador, ni de los Sacramentos, ni de los preceptos del decálogo, ni de los misterios, ni del pecado mortal; pero en cambio se predicaba del lujo, del egoismo, de la amistad, del pudor, de las virtudes sociales y domésticas, de la compasion y hasta de la santa agricultura: enseñábanse las pequeñas virtudes, y una especie de semicristianismo (3). Tal era en toda Europa (4) el estado de la elocuencia sagrada en el siglo diez y ocho: tocábase por una dolorosa esperiencia la verdad de que como dice Mansioni, no se puede hacer abstraccion del Evangelio en las cuestiones morales: es menester desecharlo ó adoptarlo por base (5).

Pero ¿cuál era la causa de tan lamentable estravío? Lo diré sin rebozo, Ilmo. Sr., era el protestantismo, que esteriliza cuanto toca y que, peste de la religion, de la moral y de las bellas artes, vino á herir de muerte la elocuencia sagrada, que ni comprende ni acertará á comprender jamás. ¡Estraña contradiccion! el protestantismo pretende vivir por la predicacion de la que ha hecho una especie de sacramento, habiendo cegado las fuentes de la elocuencia y prostestando su misma historia contra esa pretension absurda. La reforma comenzó por el libro y con la lectura se sostiene: Lutero, Zuinglio, Beza y señaladamente Calvino y Melancton, fueron apreciables y aun

---

(1) De Barante, Tableau de la litter. franc.
(2) Benjamin Constant, De la Religion.
(3) Audisio ibid.
(4) La influencia de Segueri iba desapareciendo en Italia, donde se presentaba una especie de nuevo *secento*; en Francia Boismont y otros no se libraban á pesar de su talento del contagio; en España eran impotentes los esfuerzos de Isla, Climent, Bocanegra y otros; en Inglaterra reinaba la influencia protestante, así como en Alemania, cuya lengua aun no estaba formada.
(5) Moral católica.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

elegantes escritores, disputaban mucho, mas predicaban poco; y anduvieron en esto acertados; porque sobre ser una contradicion en su sistema la enseñanza, aun coservaban un resto de pudor para no decir en público lo que consignaban por escrito y practicaban en su vida sensual y depravada: ¿Será menester recordar el sacrilegio de Lutero, la poligamia de muchos de ellos y el pecado contra naturaleza de Calvino? Por otra parte, la regla de fé del protestantismo, es la negacion de la elocuencia, como quiera que la Biblia debe ser leida, pero no puede ser enseñada; porque la razon individual ó el espíritu privado es el único intérprete legítimo: si pues la enseñanza, entre los protestantes es un absurdo, la predicacion será un atentado: el orador que escala el púlpito pretende convencer á sus oyentes de alguna cosa opuesta á lo que á estos les ha inspirado ó en razon individual ó el Espíritu Santo que asiste á todos y á cada uno de ellos: fáltale el derecho de hablar, y por consiguiente, el predicador está desautorizado aun antes de empezar el exordio. Además, no habiendo fé comun, porque se carece de la unidad de creencias, y estando todos seguros de que sus convicciones, por absurdas que parezcan, son verdades inspiradas, cualquier oyente puede contestar y aun desmentir al orador, como ya se ha verificado: en este caso la predicacion viene á degenerar en disputa (1). ¿Cómo puede hallarse aquí lo dogmático y majestuoso de la palabra divina? Faltando la fé, falta tambien la caridad, que nace de lo profundo de la conviccion y de la solidaridad de creencias; no existen por consiguiente ni el fervor, ni el amor, ni el entusiasmo, alma de la elocuencia religiosa y orígen del sublime de los oradores católicos: de esta manera la elocuencia protestante se halla colocada entre la frialdad helada del matemático y los ardores del fanatismo. Este absurdo sistema condena y mata la tradicion; ¡la tradicion! que es la mitad de la vida moral, el puente tendido sobre los abismos del tiempo, el lazo que une á los individuos y á las generaciones, sin la cual no hay ciencia (2), ni ilustracion, ni grandeza de pensamientos, ni generosidad, ni tolerancia, sin la cual repetimos, se rompería la cadena del tiempo y en el límite de cada siglo se sentarían la ignorancia y la barbárie. ¿Y qué sería la

---

(1) Les ministres ne savent plus ce qu'ils doirent croire, ou faire, ou dire, Rousseau, 2.e letre de la Montagne.

(2) ¡El protestantismo la ha condenado por boca de Lutero y de Melancton!

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

elocuencia sin la tradicion? El protestantismo, á mayor abundamiento, destruyendo el culto externo y el sacerdocio, ha cortado las alas á la imaginacion y desautorizado á sus predicadores: el recogimiento, la austeridad, la contemplacion, que lleva gravados en su frente el sacerdote católico, el celibato, el retiro del mundo en que vive, hasta su traje distinto del de los demás hombres, le dan tanto prestigio á nuestra vista, que á su sola presencia puede decirse que es elocuente; y cuando en el púlpito de las Basílicas, levantado en los aires, rodeado de misteriosa oscuridad y del esplendor del culto, teniendo á sus plantas un auditorio inmenso y conmovido, suelta su voz en el espacio, que llenan los écos de la música sagrada y el humo del incienso, entonces el hombre se transfigura y aparece tan bello, tan grande, como es en sí el Sacerdocio Católico, esa creacion sublime de Nuestro Señor Jesucristo. Por el contrario, el ministro protestante es un empleado de su Gobierno, que lleva sus insignias con el mismo derecho, dice un escritor hablando de Inglaterra, que se viste la casaca un alférez de marina (1), que vive como todos sus semejantes, á quien no se toma por modelo, porque nada de perfecto, ni de heroico hay derecho á esperar de él, gravado con todos los deberes de la familia y con ese santo egoismo de los padres que la naturaleza opone al *omnibus omnia* del Evangelio, y que cuando usurpa el derecho de predicar puede retratarse con las siguientes palabras de un escritor ilustre: es un hombre vestido de negro, que sube todos los Domingos al púlpito para hablar de cosas agradables. El protestantismo, dice un ministro protestante, ha envilecido la dignidad del Sacerdote. Las recompensas con que el estado paga á los eclesiásticos han secularizado á estos por completo (2); y habiéndose despojado del traje sacerdotal han perdido tambien su carácter espiritual; jamás se ha visto hasta nuestros dias que un ministro crea cumplir con su mision publicando en sus sermones los edictos de la policía, ó las recetas contra la epizootía, ó demostrando la necesidad de la vacuna, ó tratando de la manera de prolongar la vida (3).

La misma historia de la elocuencia entre los protestantes viene á confirmar lo que vamos diciendo. Algunos de sus oradores serian

---

(1) Perrone, Regla de fé.
(2) El clero, decia Mendizabal, no debe ser un mero asalariado.
(3) Marheinexe, Sur le orai caract. du pet. evang.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

eminentes, si sus talentos, de que dieron larga y brillante muestra, no se hubieran sentido abrumados por la atmósfera helada de su Religion. Maurin, Clarke, Tillotson, Atterbury, Joung, que lloraba viendo la distraccion contínua de su auditorio, Blair, Sterue, Barrosse, Buruet, Soutlo y otros abundan en excelentes cualidades; pero son por lo general frios disertadores y de un patético artificial, siquiera brillen por su saber, abundancia, rectitud y sana doctrina. «Antes de la restauracion de Cárlos II, dice Blair, los sermones de los teólogos ingleses, rebosaban en teología escolástico-casuística. En tiempo de la restauracion la predicacion se desembarazó de la pedantería y de las divisiones escolásticas de los sectarios; pero abandonó tambien sus patéticos y fervorosos apóstrofes, y se formó sobre el modelo de un razonamiento frio y de una instruccion juiciosa. El calor y los afectos, bien fuesen en la composicion ó en la recitacion de los sermones, se tuvieron por fanatismo y extravagancia, y de aquí provino la manera argumentativa de ahora, que raya en seca y poco persuasiva, carácter demasiado general de los sermones ingleses (1).»

Ilmo. Señor: aproximábase con el fin del sigle décimo octavo una de las mayores catástrofes que presenta la historia del mundo. El protestantismo, que habia pasado de la teologia á la filosofía, invadió con Juan J. Rouseau el órden social y politico, y preparaba en Francia la aplicacion práctica de sus principios, insensatamente reformistas. Una especie de sueño mortífero se apoderó por entonces de Europa, cuya vida parecia acudir á Francia, corazon de ella, teatro de una gigantesca revolucion. La elocuencia religiosa no podía, no obstante los generosos esfuerzos de algunos predicadores, levantarse de su abatimiento, manifestado no tanto en la perversion del gusto cuanto en el silencio de los ministros del altar. Todo daba muestras de un inminente trastorno, que despertara el espíritu de su letargo: era como la calma siniestra que precede á la tempestad; y así como los marinos esperimentados conocen la proximidad de esta y la anuncian á los navegantes, de esa manera algunos piadosos sacerdotes daban en Francia la voz de alarma, y con enérgica y gemebunda elocuencia anunciaban en vano, como los Profetas, el castigo inminente y espan-

(1) Lecciones sobre la retórica y las bellas letras.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

toso (1). La revolucion llegó de improviso, como la muerte (2), como llegan para los hombres sordos y endurecidos los castigos de la Providencia. Entonces, como se verifica siempre en ese linage de acontecimientos, la elocuencia fué el agente principal: ella desarrolló con su calor aquel gérmen monstruoso y desencadenó despues los vientos y las tempestades.

Pero si la elocuencia gravó la enfermedad, tambien de ella vino la medicina: no era la elocuencia humana: ésta, como ya se ha indicado se ensangrentó en la guillotina y vino á morir á los pies del trono de Napoleon; era la palabra de unos hombres, que pudiéramos llamar providenciales, si se consideran así la sazon en que aparecieron, como las prodigiosas facultades de su espíritu. De ellos algunos, y sobre todos Chateaubriand, descendiente por la sangre y como representante de la vieja sociedad, hijo por su educacion y por su carácter, formado y reformado en la fragua de la revolucion, de aquel nuevo siglo que surgió de tantas ruinas; rico de la ciencia antigua é ilustrado, por una experiencia formidable; viagero incansable y valeroso, que buscaba en el nuevo mundo los fundamentos de la sociedad humana, que se derrumbaba en el mundo antiguo, y además inspiracion y emociones para su grande alma; bardo admirable y original, cuya voz posee los brillantes y dulces colores de las edades heróicas y la gravedad, el saber y la melancolía de las postreras épocas de los pueblos; tal era el apologista, que salió á la palestra cuando comenzaba á estinguirse el humo del incendio. Menester era, como en los primeros siglos, acudir al libro, estando cerrados con la mordaza los lábios de los sacerdotes, que se habian salvado del naufragio: menester era seguir nuevos rumbos en la defensa de la verdad, y puesto que el materialismo, hermoseado por la filosofía, y una literatura pagana habian atacado la Religion, oponer al primero el espiritualismo de la doctrina y del culto católico, y con formas de belleza incomparable y con lenguaje semidivino manifestar las relaciones poéticas de la Religion y las ventajas que bajo el punto de vista estético y del arte, lleva á los grandes modelos de Grecia y de Roma la literatura cristiana; tal era el *Genio del Cristianismo;* que, por

---

(1) Bridaine, Boulogne entre otros.
(2) Donoso Cortés. Ensayo.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

si acaso era tenido por paradógico, fué precedido de la *Atala* y seguido de los *mártires*.

Se ha dicho para esplicar el carácter de ligereza y afeminacion, que en el último renacimiento tomaron la literatura y la elocuencia religiosas, que Chateaubriand perjudicó la causa que defendía, poniendo de relieve los accidentes de la Religion con lenguaje demasiado profano y ajeno á la gravedad y grandeza de la fé; se dice de él, que ha paganizado el cristianismo. Convenimos en que la imitacion servil y hasta la copia literal, que se ha hecho, y se hace en nuestros dias, de los escritos de ese grande hombre, perjudican notablemente la elocuencia religiosa. Pero no culpemos á Chateaubriand, que prestó un servicio inmenso al mundo, con su estraño y sublime apostolado; cúlpense la ignorancia y la pereza, que sin tener en cuenta el carácter de actualidad de la obra, el temperamento y génio especial del autor, que lo hacen en parte inimitable, su cualidad de escritor, no de orador, y menos de orador sagrado; adulteran y pervierten el fruto, que todo hombre prudente é ilustrado puede y debe sacar de las obras del escritor mas notable de nuestra época. Si el abuso que de éste y de otros escritores se verifica en el púlpito, es un hecho lamentable en Italia y en Francia, como lo atestigua (1) Audisio y Martigni (2), no lo es menos en España, siquiera no haya cundido tanto el mal entre nosotros. Aunque algo se nota en la eleccion de asuntos de una especulativa, que está fuera del Evangelio, se predican todavía verdaderos sermones; pero en lo que atañe á la forma son visibles los frutos de la ignorancia y de la inexperiencia. ¿Quién no se dolerá viendo que, por lo general, se abandonan la Biblia y los SS. PP. por esos libros apologéticos venidos de Francia, en que se lucha con la impiedad y el racionalismo, esgrimiendo las armas de la razon, de la filosofía, de la literatura y demás ciencias humanas? A nadie es lícito dudar de la excelencia de esas obras, que prestan grandes servicios á la Religion y á la Sociedad: ¿mas por eso habrán de reputarse como fuentes de la elocuencia sagrada? ¿Es acaso el estilo de ellas, vivo, apasionado y lleno de gracia y de colores profanos, el mas apropósito para revestir las graves y magestuosas ideas cristianas? no hay mo-

(1) Lecciones de elocuencia sagrada.
(2) Apéndice á Guillermo Aud.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

tivos para recelar que el orador deleita su imaginacion en vez de abrasarse en el fuego de la caridad, y que el fruto de sus palabras será distraer agradablemente á su auditorio, en vez de conmoverlo y persuadirlo. Denunciamos aquí un vicio, que puede traer fatales consecuencias, sino se previene con el estudio bien dirigido y con la meditacion de nuestros grandes modelos. Y no se diga que esos libros contienen la verdad cristiana, que demuestran y defienden con éxito brillante. Harto lo sabemos. Pero no basta predicar verdades evangélicas; es menester enseñarlas evangélicamente, es decir, tomarlas de la Escritura y de la tradicion, fuente natural de ellas, como estan allí animadas de aquel espíritu y con el olor á divino que allí exhalan; todo lo cual pierden al pasar por los libros de los modernos teólogos, Platon, Séneca, Epicteto, Plutarco, De Gerando, Chateaubriad, Nicolás, Manzoni, han escrito grandes verdades, casi todas contenidas en la Biblia; sin embargo, ¿son esos libros un tratado del Evangelio? ¿No distinguirémos entre el filósofo, el orador, el poeta y el hombre inspirado por Dios?

Pero volvamos á nuestra interrumpida narracion. Mientras Chateaubriand abría el camino del apologista á De Maistre y á otros, que no tardaron en aparecer, Frayssinous escalaba el púlpito reconstruido en Francia, y emprendia por nuevos caminos las batallas de la elocuencia cristiana. Aquí empieza la nueva y última época de ella, en la que sufre la palabra divina en su forma de manifestarse una transformacion, digna de muy atento estudio. En efecto, Frayssinous, Lacordaire, Ravignan, Ventura y Felix, forman una escuela cuya aplicacion va siendo universal, sin haberse aun fallado en definitiva á cerca de su conveniencia. Los caractéres que la distinguen de las formas antiguas son tales, que puede tenerse por nueva en la historia del arte: hasta los nombres son nuevos; llámanse sus discursos conferencias, y á los que las pronuncian oradores. Domina en esta elocuencia el carácter polémico; pero no se libra principalmente la batalla como en el sermon moral, contra los enemigos del alma, sino contra los adversarios de la Religion y de la sociedad religiosa: combátense mas que los vicios, los errores trascendentales de la ciencia social, nuevo palenque abierto á la lucha de la verdad con el error, síntesis de las herejías y de los delirios filosóficos y políticos, y centro donde se coloca audazmente el adalid de la verdad; y sir-

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

viéndose de las armas de sus adversarios, es decir, evocando la historia en todas sus manifestaciones, haciendo uso de la crítica mas sábia, poniendo en contribucion todas las ciencias y tomando la voz de todos los sábios, enseñan todo linaje de verdades, reforman las costumbres, deshacen las preocupaciones del saber y de la ignorancia, y arrancando siempre de la Biblia y del dogma enseñan los caminos secretos que en el árbol de la ciencia y de la sociedad recorre la sábia de la teología, que todo lo abarca y comprende en su seno, como Dios abarca y comprende en sí todas las cosas (1): estos médicos sublimes aplican en grande escala la medicina y acosan el error y lo denigran sea cualquiera la forma que tome para vivir en el espíritu del hombre. A semejante novedad de ideas corresponde igual novedad de formas. Frayssinous razona y convence con invencible lógica y en estilo dogmático, propio de su mision, parecida á la del arquitecto que busca entre las ruinas las piedras útiles para la nueva obra; Maccarthy, Guijon, así como los que van en pos de estos, conservan la argumentacion como base de su elocuencia; de aquí las formas académicas de sus discursos, en que ha reemplazado el vocativo de «señores,» al afectuosísimo de «hermanos mios» que andaba siempre en los lábios de Bossuet. Pero lo interesante de las materias de que tratan y la literatura que conocen á fondo estos oradores, les impide degenerar en frios y áridos; por el contrario, el estilo de ellos es siempre correcto y elegante, ora lleno, reposado y magnífico como el de Ravaignan y el del P. Ventura, era brillante, nuevo, caloroso, reflejando la inspiracion de la Biblia y las pasiones del siglo, conteniendo lo mismo el himno de David que la invectiva del periodista, como el de Lacordaire. Este y el P. Felix son modelos de esta valiente y guerrera elocuencia: lleno el primero de génio original y sublime, se coloca, tanto por los asuntos que elije, cuanto por la manera de tratarlos, fuera del santuario, y por decirlo así en las avanzadas del ejército de fé. Es profundamente innovador así en el fondo como en la forma, hasta un punto que sería peligroso imitarlo: convierte á veces el púlpito en tribuna y se percibe en algunos de sus discursos el entusiasta patriotismo de Demóstenes (2). Sin

(1) Donoso Cortés. Ensayo.
(2) Discurso sobre los destinos de la nacion francesa en el mundo.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

embargo, su secreto está en que, tratando de todo, lejos de humanizar la Religion, como que diviniza cuanto toca con su mágica palabra. Esta cualidad característica de la escuela que vamos estudiando. resalta notablemente en la elocuencia del P. Felix, cuyas conferencias andan en manos de todos, y cuya voz elocuentísima, resuena hoy desde el púlpito de Lacordaire.

Tal es, Ilmo. Sr.: El bosquejo de la nueva elocuencia, que tantos servicios viene prestando al catolicismo, principalmente en la vecina Francia. Sin embargo, ¡ay de la Religion, sí, lo que no puede acontecer, fuera aceptada como único medio de evangelizacion, esa forma casi estraña al Evangelio y al santuario de la nueva Ley! Tal es el concepto que debe merecernos ese linage de oratoria, que recibimos y abrazamos á título de auxiliar de la verdadera predicacion apostólica, de que es soberano modelo el Redentor del mundo. Guardémonos de considerarla como perfecta, que le falta mucho para llegar á serlo. Esa elocuencia no enseña de manera directa é inmediata la persona de Jesucristo; se fija mas en los efectos que en la causa, en las consecuencias que en el principio, y no tanto enseña el Evangelio cuanto los resultados de éste, considerados en el tiempo y en el espacio. Procede de distinto modo que la apostólica; pues es mas científica que evangélica, mas discutidora que dogmática, vá derecha al entendimiento é indirectamente al corazon, y convence mas que persuade; ataca mas los errores que los vicios, y mas que los vicios del individuo los estraños de la sociedad; antes se dirige á la humanidad que al hombre, á lo abstracto que á lo concreto, y en vez de servir en ella la historia al individuo, piérdese éste en la vasta unidad de la especie. El calor que los anima no es por lo general derivado del amor y del celo santísimo de los apóstoles, de San Juan Crisóstomo ó de San Vicente de Paul; parece mas bien el entusiasmo un tanto egoista de la escuela, y el orgullo, ó por lo menos visible satisfaccion del triunfo obtenido sobre los errores y sobre los vicios por la sabiduría y por la santidad. Por otra parte, esa elocuencia no es, ni puede ser nunca popular, ya se consideren las ideas que espone, ya las formas refinadamente literarias de que las reviste; no es el púlpito su fuente, sino la cátedra, levantada en una Iglesia al abrigo de la Religion, madre fecunda de la ciencia.

Sobre estas cualidades, que le dan un carácter secundario, impo-

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

sible desconocer y que importa mucho consignar, conviene notar que no todos los oradores pueden remontarse á tan elevadas alturas: requiérese vastísimo saber y muy grande entendimiento para desafiar, á la faz de los sábios, la ciencia soberbia de nuestro siglo, mucho mas si se tiene en cuenta que es forzoso vencer en la contienda; pues es de todo punto imposible la derrota como no venga de la ignorancia ó torpeza. Por donde se vé cuan grande imprudencia y desatino será el subir al púlpito para combatir con cuatro vulgaridades sistemas filosóficos, que se desconocen por completo, con grave riesgo del prestigio del orador, de la doctrina y del aprovechamiento del auditorio.

Esta elocuencia tiene además cierto carácter local, que exije del predicador un grande conocimiento de las circunstancias oratorias. La mas vasta aplicacion de ella sirve, y aún es necesaria, allí donde la discusion religiosa ofrece ocasion de defender lo que se ataca osadamente por enemigos declarados y visibles; de otra manera sería altamente perjudicial el afirmar lo que nadie niega, enseñando que es dudoso aquello de cuya solidez nadie sospechaba. Por eso, la introduccion en España de ese género de oratoria sagrada, podrá ser inconveniente, sino anda el uso de ella acompañado de saber profundo, prudencia suma y exacto discernimiento.

Ilmo. Sr.: El juicio mas detallado y completo de la elocuencia sagrada de nuestros dias, me llevaria demasiado lejos. Veóme, pues, obligado á concluir este rápido estudio histórico-crítico de ella, no sin grande pesar mio por no serme dado exponer la situacion en España de este ramo de la teología. Consignaré sin embargo, que, á mi juicio, dista bastante de ser lisonjera, siquiera venga á alentarnos la seguridad de que es muy fácil conseguir su mejoramiento. No se opone á ello ningun grave inconveniente, ni existe vicio alguno arraigado que estirpar; únicamente se necesita promover el estudio de la elocuencia sagrada, casi abandonado en nuestros centros de instruccion eclesiástica. Pocos trabajos serian en España tan fecundos como éste, sábiamente dirigido. Con dificultad se hallará una tierra donde la Providencia haya prodigado con mas largueza los dones magníficos de la elocuencia que en nuestra Península, donde la fuerza demente, lo fecundo y brillante de la imaginacion corren parejas con lo íntimo del sentimiento religioso, vivo y aun, por dicha, y enérgico en medio

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

de las ruinas que hemos amontonado. Nada mas frecuente entre nosotros que el ver como los jóvenes sacerdotes, apenas han recibido la sagrada iniciacion, suben al púlpito y de él se enseñorean con pasmosa facilidad y desembarazo. Pero la propia exuberancia de dones puede sernos fatal, sino se modera con el estudio, previniendo los vicios y aberraciones, que, tan presto contraidos, acaso no se logra ver estirpados.

Y cuenta que en el mejoramiento de la elocuencia sagrada están por iguales partes interesados, así la Iglesia como el Estado. Cuando, como hoy sucede, la inteligencia humana es reina del mundo, tiene por ministro la palabra: por eso hoy lo llena todo, y no contenta con fatigar las prensas y la atmósfera de las asambleas, vuela ó navega de prodigiosa manera, rauda, como la luz, sobre los hilos del telégrafo. Y cuando, como en nuestros dias acontece, la palabra, nacida para contener la verdad, como dice Ciceron, se une en nefando maridaje con el error para estraviar la razon y trastornar la conciencia, menester es que los guardianes de la Religion, ese arca santa de todos los tiempos, suban al Sinaí de la oracion y del estudio, y bajando de él, como Moisés, con la inspiracion en la frente y la ley en el corazon, levanten la cátedra de la verdad frente á frente de la tribuna de la mentira. Jamás, como en nuestros dias, ha sido mas urgente el precepto del Apóstol, que manda enseñar de todas maneras y en las mas difíciles ocasiones: ya llegaron, tiempo ha que están entre nosotros, aquellos falsos profetas, que anunciaba, aquellos lobos con piel de oveja, enemigos crueles del rebaño. ¡Oh! si el error venciera la verdad en esta lucha litánica, no sería porque ésta perdiera nada de su vigor divino, sino porque se la *detendria aherrojada con las cadenas de la injusticia.*

En cuanto á mí, como profesor de esta Universidad insigne y veneranda, me limito á decir con Séneca que *magna res est eloquentia* (1), y á proclamar con Quintiliano, que para llegar á poseerla, se necesita de *multo labore, assiduo studio, nimia exercitatione, plurimis experimentis, altissima prudentia, præstantissinoque consilio* (2).

---

(1) Decl. 2.
(2) Quint. Inst. 2.

He dicho.

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

Para descargo de la imprenta se advierte, que las siguientes erratas son hijas de la precipitacion con que este discurso se ha dado á la estampa.

Página.	Linea.	DICE.	DEBE DECIR.
4	14	*sede*	*sedet*
4	34	vuestras	nuestras
6	7	aplicacion	civilizacion
7	14	es	de
7	20	conociéndole	conociéndose
7	29	apacibles semblantes	apacible semblante
8	26	Joroboan	Jeroboan
8	27	traen	trae
9	6	les	le
9	11	del	de
10	8	Janais	Tanais
10	33	limitado	ilimitado
10	35	eterna	eternas
11	1	los	sus
12	17	impúdico	impúdicos
12	24	de la misma	en la rima
13	18	una sensibilidad	sensibilidad.
13	29	aspiraciones	inspiraciones
15	19	hambre, de	hambre de
18	7	no	me
18	12	fuertemente	frecuentemente
18	3	bastabále, á	bastábale á
20	28	parte	parto
23	17	habérseles	habérselas
23	18	hechó	echó
24	24	,bastábale	Bastábale
24	25	cuantos—rodeaban	cuanto—rodeaba
25	13	cantarlo desvergonzado de	cantar desvergonzadamente las
25	17	Habria	Habia
25	19	degenerada	regenerada
27	15	podria	podia
27	27	sustituciones	instituciones
27	28	humanas, á fin	humanas y á fin
29	31	súbdito, Osio	súbdito Osio
30	32	siguele	siguenles
31	4	exclama	exclaman
31	17	afectan	afecta
32	19	en otras literaturas	entre otras las literaturas
32	25	hubieran dado	hubiera andado
35	15	agrada	agradan
35	18	busca	buscan

Pagina.	Línea.	DICE.	DEBE DECIR.
36	21	Alaria	Alarico
37	5	Trisia	Frisia
37	18	su	en
38	21	gloria la	gloria de la
39	6	eso	eco
39	13	Koulques	Foulques
39	32	de Cruz. Haco	de la Cruz. Flaco
40	20	esparcia	esparcian
41	8	Vorday	Verzelay
41	22	Inocencio 1.°	Inocencio 3.°
41	24	tierra	tiara
42	8	cual	al
43	6	imbecilidad	imbecilidad (imbecil le llama Moshein)
44	6	acudieran	cundieran
44	33	oro: allí	oro allí
45	10	lérica	lírica
45	26	alimentaba	alimenta
45	36	felicidad	facilidad
46	6	las novísimas	los novísimos
47	4	felicidad	facilidad
47	13	dudas	ondas
47	24	Julio, consiguió	Tulio, consignó
48	1	profundidad; la	profundidad y la
48	2	Paravicimo	Paravicino
48	13	*en secento*	en el *secento*
50	24	puntillaso	puntilloso
52	17	Jurena	Turena
54	5	tambien	tan bien
55	32	los actos	las actas
56	20	Mansioni	Manzoni
57	13	en	su
59	23	mortífero	soporífero
60	7	gravó	agravó
64	24	estraños	estravíos
64	27	los	la
65	1	desconocer	de desconocer
65	6	ó torpeza	ó de la torpeza
65	35	demente	de mente
66	33	*praestantissinoque*	*praestantissimoque*

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751

UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751



UVA. BHSC. LEG 23-1 nº1751